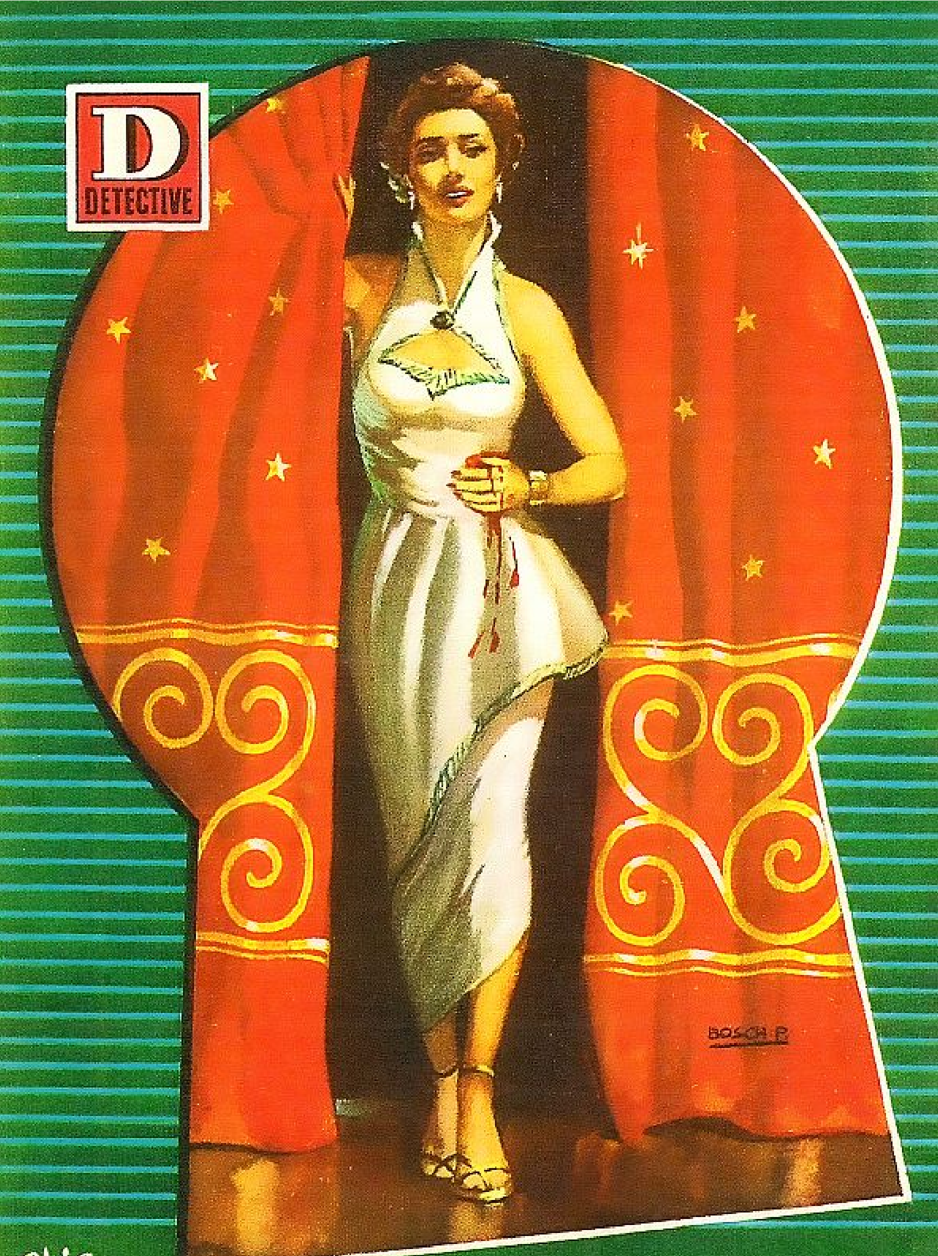


Vic Peterson

RAPSODIA DE CRIMENES

En la amplia rotonda del «Ramanoff», los camareros de frac blanco, tenían hartura de ver mujeres bonitas, que acudían de los barrios de Beverly Hills, Santa Mónica, Hollywood y Culver.

Y no se asombraban de nada, porque la ciudad de Los Angeles ha sabido dar a los americanos, la sensación de ser el refugio donde las mayores excentricidades tienen un fondo artístico y razonable.

Pero el camarero que atendía las mesas pares, junto al parterre donde los rosales se arqueaban destacando sobre el verde césped, estaba intrigado.



Vic Peterson

Rapsodia de crímenes

Detective - 37

ePub r1.0
LDS 15.06.18

Título original: *Raphsody in red*
Vic Peterson, 1953
Traducción: Julio Sánchez
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Rapsodia de crímenes
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

En la amplia rotonda del «Ramanoff», los camareros de frac blanco, tenían hartura de ver mujeres bonitas, que acudían de los barrios de Beverly Hills, Santa Mónica, Hollywood y Culver.

Y no se asombraban de nada, porque la ciudad de Los Angeles ha sabido dar a los americanos, la sensación de ser el refugio donde las mayores excentricidades tienen un fondo artístico y razonable.

Pero el camarero que atendía las mesas pares, junto al parterre donde los rosales se arqueaban destacando sobre el verde césped, estaba intrigado.

A las seis de la tarde, había aún poca concurrencia, pero los suficientes ricachones ociosos, para que aquellas dos lindas actrices, solas, se dejaran cuchichear y prestaran más atención a las admirativas ojeadas de elegantes otoñales, que podían muy bien convertirse en «caballos blancos». (En el argot teatral, el capitalista que financia).

Muriel Landis y Diana Dean, las dos damitas jóvenes de la compañía que llevaba actuando dos semanas en el «Paladium», habían dedicado una sola mirada al camarero, en silencio.

Éste se había retirado, sin más.

Doblemente intrigado. La frase que había cazado en su inicio, la estaba pronunciando enfáticamente Muriel Landis:

«¡Cuando muera asesinada una de nosotras, entonces…!».

El camarero hubiera dado mucho por seguir oyendo, pero Muriel Landis tenía una mirada incendiaria y elocuente.

Para consolarse, pensó que a lo mejor estaban ensayando algún diálogo de la obra en preparación.

Muriel Landis, al cerciorarse de que mediaba la adecuada distancia entre las orejas del camarero y sus hermosísimos labios

repitió:

—¡Cuando muera asesinada una de nosotras, entonces será tarde para que me des la razón!

—Yo estoy de acuerdo contigo, querida —replicó suavemente la especializada en papeles de ingenua—. Pero pueden ser accidentes y no atentados. Es muy peligroso acudir a la policía.

—Yo no acudiría a la policía, porque no tenemos pruebas. Pienso solicitar los servicios de un detective.

—Hija mía… —suspiró Diana Dean.

Tenía veintitrés años, pero a ratos se sentía poseedora de toda la humana experiencia.

—No todos son unos granujas, Diana. Les retiran la licencia tan pronto hacen una mala jugada.

—Pero figúrate que acudas a uno el día antes que le retiren la licencia —sonrió Diana Dean.

—Me he informado. Tengo una lista de agencias con garantías de honorabilidad. Y sus tarifas. Y he pensado el gran sistema, para evitar que se entere Golding y me despida.

—Yo de ti, Muriel, lo dejaría. Te repito que pueden ser meras coincidencias. Un cable mal sujeto, la primera vez. Y…

—¿Vamos a medias o no, Diana?

—Yo te acompañaré, te oiré, oiré al detective, y pagaré la mitad de la consulta. Después, ya veremos.

—Así me gusta, Diana. Eso es compañerismo. Tú y yo somos amigas de verdad.

—¿Qué agencia has escogido?

—La Jagger.

—¿Jagger? Me suena este apellido.

—Proporciona guardaespaldas a las estrellas de cine, y a personalidades de categoría que vienen de visita. Tengo un prospecto. Resulta interesantísimo. Figúrate que seleccionan el personal detectivesco. Han de ser muchachos de buena presencia, para que no llamen la atención. ¿Comprendes?

—Sí, que no tienen cara de perro que muerde. Para no espantar a los cazaautógrafos.

—Pueden acompañarla a una, pareciendo ser un admirador más. No le quitan a una cartel. Además, tienen un horario…

—Sería mejor que nos lo explicara el jefe de la agencia, ¿no,

Muriel? ¿Estás firmemente decidida a ir y contarles todo?

—Desde la «a» hasta la «doble zeta».

—Si Golding se entera, nos despide.

—No se enterará.

Diana Dean se resignó. En el fondo, sentía tanta curiosidad como Muriel Landis para saber si eran «meras coincidencias» o realmente los dos sucesivos accidentes ocurridos entre bastidores eran intentos de asesinato.

* * *

La Agencia Jagger ocupaba las dos plantas del edificio rodeado de un pequeño jardincillo al final de la Passadena Avenue.

En el primer piso, habitaban los cuatro socios fundadores, y el personal soltero.

En la planta baja, estaban las oficinas, salas de espera y garajes.

Las dos pilastras de la siempre abierta verja, reiteraban la escueta mención:

«AGENCIA JAGGER»

Frente a la escalinata de acceso al porche y vestíbulo, había un coche en el que al descender del taxi, Muriel Landis y Diana Dean, se precipitaron dos jóvenes.

El coche arrancó y se lanzó en tromba, para desaparecer en ajustado viraje por la esquina oeste.

Murmuró Diana Dean:

—Si lo han preparado en honor de las dos futuras clientas, no cabe duda que es un número impresionante. El que iba al volante parecía Richard Widmark cuando va a matar.

—No seas impresionable. Son chicos dinámicos; eso es todo.

—Antes de llamar a la puerta del jefe de estos dinámicos jovencitos, Muriel, ¿no sería mejor ir a una agencia de detectives más reposados? Nosotras, al fin y al cabo, no queremos…

Muriel Landis llegaba ya a las escaleras, y Diana Dean decidió mentalmente que había hecho todo lo posible para impedir el fatal despido, si el irascible Sid Golding, llegaba a enterarse que dos de sus actrices introducían en las intimidades teatrales de la compañía

a elementos «dinámicos» y entrometidos.

También la puerta estaba abierta de par en par, y era decepcionante el individuo que a un lado del vestíbulo, amueblado como el de un hotel de tercera, se ajustaba mejor las gafas, levantándose de su mecedora.

—Buenas tardes, señoritas.

—Buenas tardes. Deseamos ver al señor Jagger.

—¿A cuál de ellos?

—¿Cuántos son? —inquirió recelosa Muriel Landis.

—Depende del asunto que desee usted consultar, a menos que esté ya inscrita.

—¿Inscrita dónde? —quiso saber Diana Dean.

Pacientemente, el detective de turno en «recepción», expuso:

—Es pues su primera visita, o de lo contrario tendrían ya su inscripción, y habrían tratado con algún Jagger. Para contratar protección, el despacho de Harold Jagger. Para…

—Mi amiga y yo deseamos únicamente consultar un caso.

—Síganme. Está de servicio en consultas Jay Jagger.

El vestíbulo tenía al fondo una escalera que conducía al primer piso, y a la derecha, un corredor, por donde el detective de las gafas y cansino andar, penetró, hasta detenerse ante la segunda puerta.

Un corredor que parecía el común de cualquier oficina.

Se retiró, el detective tras abrir, y anunciar:

—Consulta, Jay.

Muriel Landis entró la primera. Un despacho de alegre colorido en cortinajes, tapizado de tresillo y alfombras.

Muriel Landis no tenía la costumbre de Diana Dean, que para recordar los muchos rostros que iba conociendo, les aplicaba un parecido con algún actor famoso.

Pero mentalmente pensó que Jay Jagger hubiera podido muy bien doblar en las escenas peligrosas a Gregory Peck.

La misma sonrisa amablemente irónica, ojos negros perspicaces, cuerpo largo y flexible…

Se sentaron las dos, y aceptó Diana Dean la oferta de la pitillera abierta del socio menor en edad, pero no en importancia de la Agencia Jagger.

—Desmiéntame si me deslizo, pero usted toca el violín —dijo Jay Jagger señalando con el pitillo recién encendido a Diana Dean

—. Y usted, trastorna un matrimonio en el segundo acto.

—¿Ha visto «Rapsodia de Crímenes»? —sonrió Diana Dean halagada.

—El título me pareció apto para mis aficiones. Tengo mala memoria para los nombres, pero no para las hermosas figuras.

—Me llamo Diana Dean, y mi amiga es Muriel Landis. Ya sabe pues, que formamos en el elenco de la compañía de Sid Golding. ¿Conoce a Sid Golding?

—No. Las figuras masculinas aunque sean hermosas, no me interesan… salvo si se untan las manos. Quiero decir, si mojan en crímenes.

—Sid Golding escribió la obra, pero en su vida normal no creo se moje las manos en sangre. Dile por qué estamos aquí, Muriel.

—Ya que empezaste, sigue tú, querida. Y lo has hecho bien. Primero mencionar a Sid Golding.

—Tiene mal carácter, y si supiera que estamos aquí… Hemos aprovechado que esta tarde no hay función. El caso es, señor Jagger…

—Caramba, inténtelo, Diana.

—¿El qué?

—Tratarme como a un admirador más del arte teatral. Llámeme por mi nombre. Y descuiden, porque es la pura verdad lo que proclama nuestro prospecto. Desde que mi tío, el Mayor Clemens, fundó esta agencia, sólo las paredes han oído lo que nos vienen a decir. Y celebro que por haber empezado mi turno a las dos esta tarde, sea yo el que reciba sus confidencias, Diana.

—Bien, en realidad, fué Muriel la que…

—Oye, Diana… Fuimos las dos, ¿no?

Jay Jagger miraba alternativamente a sus dos visitantes, pero prefería a las «Gildas» como Muriel Landis, el tipo ingenuo y sabroso como personificaba en escena y por naturaleza Diana Dean.

—Fuimos las dos las que decidimos venirle a consultar, señor Jagger… Bueno, le puedo llamar Jay. Así estamos más en confianza, ¿verdad, Muriel? Han sucedido dos… Primero, hablemos de Sid Golding. Es un Nerón finísimo, y nos despediría si supiera que hemos venido aquí. Cuando ocurrieron los dos accidentes, y Smith empezó a decir si podía ser obra de algún maniático, Sid Golding se puso furioso a su manera…

Diana Dean imitó al director de la compañía. Elevó las cejas, estiró los rasgos, y dijo hablando cómo si tuviera entre los dientes un lapicero:

—«Execro el exceso de sádica imaginación en los que han nacido para levantar pesos, Smith».

Volviendo a su voz natural, añadió Diana Dean:

—Smith era un tramoyista. Aquella misma noche pasaba por caja y cobraba su semana de despido.

—¿Qué dijo exactamente el tramoyista?

—Cuando el saco de contrapeso cayó rozando al primer actor, Smith juró que aquello era un atentado. Sid Golding manifestó que era «ineptitud de tramoyista». Pero ayer noche, cuando Muriel y yo nos íbamos al bar para uso exclusivo de la compañía, por muy poco no nos aplasta la caja de
«Coca-Cola»,
que no tenía que estar encima de la nevera, sino dentro.

—Sid afirmó que fuimos torpes, pero yo estoy, segura que hay un maniático en la compañía.

—¿Cómo pudo la caja de «Coca Cola» caer, sin nadie que la empujara?

—La caja debía de estar en equilibrio, y al abrir la puerta de la nevera… El bar ocupa el hueco bajo la escalera. No se ve mucho. Y al abrir la puerta, por suerte salté hacia atrás, asustada. La caja podía haberme roto la cabeza.

Jay Jagger replicó con amable fervor:

—Un doble crimen imperdonable, Diana. Resumiendo, han ocurrido dos accidentes, que Sidney Golding, el director de la compañía afirma, que son meros accidentes, pero que un tramoyista despedido, llamado Smith, y ustedes, consideran muy posible entren en la categoría de intento criminal. ¿Tienen sospecha de alguien en concreto?

—Absolutamente de nadie. Existen las pequeñas rivalidades y rencillas propias de toda asociación, sea teatral, sea deportiva. No podemos imaginar a nadie, ¿verdad, Muriel?

—Depende.

La ambigua contestación de Muriel Landis, provocó en su amiga un arranque de indignación.

—No, Muriel, esto no está bien.

—Todo está bien, cuando se trata de no ser la víctima de un maniático —dijo Muriel Landis—. Y que juzgue el propio señor Jagger. No debería estar entre nosotros, actores en activo, un hombre como Troy Dowell, que nos odia.

—Troy Dowell es un pobre infeliz, Muriel.

—¡Te digo que no debería estar entre nosotros este solapado reptil!

—Un momento. Concretaremos, si es posible. Han ocurrido dos accidentes, y ustedes con mucha razón temen la posibilidad de un futuro crimen. Me agradaría encargarme personalmente de las investigaciones, pero mi servicio actual me lo impide. Mi jefe, el Mayor Clemens Jagger es inexorable en este asunto. Cada cuál debe atender sus veinticuatro horas de servicio. Yo no estaré libre hasta mañana a las dos de la tarde, si no surge novedad.

—Pero si surge, una de nosotras dos puede estar muerta —dijo Muriel Landis.

—Por esta misma razón, y para evitar tan horrenda contingencia, voy a recomendarlas al hombre más capacitado para penetrar en el ambiente teatral, sin suscitar sospechas. Se trata de Glen Anderson, el Don Juan intelectual. Forma parte de nuestra plantilla libre. Lo requerimos de vez en cuando y si se digna aparecer, nos demuestra su talento. Es un fanático adorador del teatro bueno, y de la música. Tiene a su favor, además de una inteligencia comprobada, una apariencia romántica. Puede recitar una tierna poesía, pero llegado el momento, aplica con eficacia un excelente, *uppercut*, Que yo sepa, actualmente, no tiene ningún asunto para nosotros, y no trabaja para nadie más. ¿A qué hora quieren verle?

—Lo antes posible. Iremos a cenar, y hasta las nueve no vamos al «Paladium» —manifestó Muriel—. Casi me emociona la idea de conocer a un detective tan interesante como ha descrito usted a Glen Anderson. ¿Vamos, Diana?

—La tarifa son cincuenta dólares, ¿no, Jay?

—Envíenme dos butacas para la función de mañana noche, y estaremos en paz. Iré a admirarlas, con otro Jagger. Nos gusta también el buen teatro.

—¿Qué entiende por buen teatro, Jay?

—Cualquier obra en la que usted aparezca, Diana. Buenas

tardes. Telefonéeme a las ocho. Habré ya localizado a Glen Anderson.

Capítulo II

De estatura mediana, delgado, grandes ojos azules, cayéndole sobre la frente un rizo rubio. Glen Anderson era envidiado por su éxito arrollador entre las mujeres.

Era siempre antipático, para quienes le veían, los cuales cambiaban rápidamente de opinión, apenas hablaban con él.

Si el rostro parecía el de un arcángel vengador, mientras estuviera en silencio y meditativo, se transformaba en bondadoso y espiritual, cuando cualquier tema suscitaba su interés.

Dos fanatismos marcaban su existencia: el teatro y la música. Una afición como desahogo era investigar, a sueldo de la agencia Jagger, que semanalmente le pagaba con regularidad, trabajase o no.

Pero el propio Mayor Clemens, inexorable y rígido, consideraba a Glen Anderson, un genio incomprendido.

Cuando el Mayor Clemens hubo escuchado la relación de su sobrino Jay, aseveró:

—Será una distracción conveniente para Glen Anderson. Son las siete y cuarenta. Lo encontraré en el «Trocadero», donde actúa en única exhibición Mizlo Rosla, el virtuoso húngaro.

—Con todo respeto, tío Clem, le hago observar que si va usted a sacar de su éxtasis a Glen, le mandará al cuerno sonoro. Creo que sería mejor esperar a la salida. Tiene la butaca doce de la quinta fila, abonada al «Trocadero». En vez de usted, ¿por qué no va personalmente una de las dos monadas? Por ejemplo, Muriel que es más venenosa. Me telefonearán.

—Bueno, hazlo así. ¿Qué opinas?

—Como siempre, tío Clem. Puede que sí, puede que no. ¿Ha habido novedad en lo que lleva Harold?

—Sigue el muerto sin revelar su misterio. Hasta luego, Jay.

A las ocho en punto telefoneaba Diana Dean. Jay Jagger expuso su punto de vista.

—A las ocho y media aproximadamente, terminará el pianista Rosla en el «Trocadero» su aporreo melodioso, y Glen Anderson volverá a la tierra vil. Está abonado a la butaca doce de la quinta fila. Que Muriel le aborde, diciéndole que va de mi parte.

—¿Por qué Muriel precisamente?

—Porque… mañana será usted la que me presentará a mí como su admirador, ¿comprende? Y lo haré con mucha naturalidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Jay.

* * *

Muriel Landis oyó los últimos compases del «Pleyel», que levantaron una aclamación general del selecto auditorio.

Instalada en la mesita doce del «*foyer*», se miró de nuevo en el espejo. Todo coordinaba. La tez intacta, la línea labial perfecta. Tenía curiosidad por conocer al detective intelectual.

El público abandonaba el patio de butacas, y algún sediento se aproximaba al bar.

Una pareja siguió discutiendo, instalándose en una de las mesas.

Glen Anderson tenía «clase». Un desaliño original porque su rizoso cabello le formaba un fleco sobre la frente, y sin embargo no le daba aspecto afeminado ni grotesco.

Un traje gris perla, hacía resaltar más la camisa de seda negra, con rayitas amarinas. No llevaba corbata.

Muriel Landis se fijó en los zapatos de dóngola, lisos, pero acreditando artesanía cara. Le pareció, mientras se acercaba Glen Anderson, que la pareja de la mesa tres dejaba de discutir, porque la mujer examinaba con agrado al joven detective melómano.

—En esta tarjeta me cita usted en la mesa doce, Muriel Landis. Enviada por Jagger. ¿Puedo felicitarla, Muriel?

Tenía una dicción excelente, pensó ella. Modulada adecuadamente.

—¿Felicitarme?… Siéntese, ¿o prefiere ir a otro sitio?

Se sentó él, y alzó un dedo. El camarero que se acercaba, dió

media vuelta.

—No debería tomar café, Muriel.

—Es que ya he cenado…

—El café excita a los carentes de sensibilidad, o que han abusado de ella. Pero usted es toda pasión genuina. De todos modos, en la réplica de la escena sexta, cuando usted dice: «No acepto por rival tu sinfonía…», permítame afirmarle que su director ha hecho mal en obligarla a desmelenarse. Resulta procaz inútilmente.

—¡Es asombroso, señor Anderson, asombroso! Precisamente, esto mismo le dije a Sid Golding, pero me apabulló con una de sus supuestas ironías. ¿Conoce a Sid Golding?

—No.

—Es exactamente Mister Belvedere. Pero no precisamente de niñera.

El camarero colocó delante de Glen Anderson un vaso estrecho y alto. No contenía *whisky*.

Miró ella cómo el detective «libre» bebía lentamente pero sin respirar todo aquel contenido de color granate obscuro.

Cuando depositó el vaso vacío, dijo él:

—Mi tónico. Una receta especial. Entonces, ¿viene usted para aclarar quién cortó el cable que precipitó el saco, y quién colocó en equilibrio una caja con treinta botellas de
«Coca-Cola»?

—Ya le habrá explicado Jay Jagger…

—No me ha hablado Jay Jagger. Pero desde el estreno de «Rapsodia de Crímenes», tuve el honor de conocer a Silvia Willard.

Muriel Landis sonrió, algo avinagrada la expresión.

La primera actriz no era de su particular devoción.

—¿Le gusta Silvia?

—La encuentro casi perfecta. También ella me explicó los dos accidentes. Pero nos vemos privadamente, es decir, no concurro entre bastidores.

—Silvia le habrá dicho ya que Troy Dowell nos odia a cuantos podemos aún actuar.

—Silvia cree que son meros accidentes. Pero usted no. Me basta, y más si Jay Jagger cree necesario que investigue. ¿Hacia quién enfocaría usted las sospechas, Muriel?

—Hacia Troy Dowell.

—Fué un gran intérprete clásico. Por desgracia, le perdió su excesiva afición al espíritu alado contenido en el alcohol.

—Sabe usted mucho sobre las interioridades de nuestro ambiente, señor Anderson.

—Mi única lectura abarca desde la tragedia griega a nuestros actuales comediógrafos, y en las tertulias se oyen muchos rumores. ¿A qué hora empieza la actividad entre bastidores?

—A las nueve.

—La acompañaré. Preséntеme como su sincero admirador.

—¿Qué dirá Silvia?

—Es simplemente una amistad. ¿Tiene su coche fuera, Muriel?

—Todavía no soy primera actriz, y sigo siendo decente.

—Lo celebró con toda mi alma, Muriel. Y tengo la convicción de que llegará a primera actriz muy decentemente, cuando cambie de director escénico.

Muriel Landis asintió halagada. En el taxi que les conducía al «Paladium», dijo ella para romper el silencio:

—¿Le gusta la obra de Sid?

—No está mal.

—Si le oye Sid, le profesará un rencor africano. Está muy engreído.

—La falsa modestia es la vanidad del soberbio. He hecho un estudio de Sidney Golding, por cuanto he oído hablar. Más o menos puedo alardear de poseer el secreto de ganarme su respeto.

—Perdone, Anderson, pero sólo hay una persona a la que Sid respeta con misticismo. Y esta persona es Sidney Golding.

* * *

Sidney Golding se secó delicadamente los labios. Cenaba en el camerino del primer actor Forrest Barnett.

Forrest Barnett tiró al suelo el vaso en que acababa de beber su jugo de naranjas.

—Estoy ya harto, Sid. Tu obra no es la adecuada para llenar la sala otra semana más. Aquí tendría un éxito rotundo… la penúltima de Gaffery. Eres inteligente, Sid. Trata de ser ecuánime.

—Lo seré, si tú intentas comportarte como el hombrón de

cuarenta y nueve años que eres, y no como una partiquina histérica, Barnett.

—A veces debo esforzarme mucho para no estrujarte este cuello de cisne presumido. La crítica me achaca a mí los defectos de tu obra.

—La crítica tiene instantes de lucidez.

—Procura tener tú la lucidez suficiente para calcular lo más conveniente. Tienes el cincuenta y un por ciento del capital y olvidas que dejarás de mandar tan pronto Silvia me de las diez acciones que retienes en tu poder, y que te dan la mayoría. ¡Te echaré entonces, Sid! Estoy harto de tu tiranía. Ya no soy un hombre, sino un pelele, desde hace años, desde el maldito día en que te hice caso.

—El maldito día a que te refieres, estabas al borde del suicidio, Barnett. No te querían en ninguna compañía, porque eras insoportable y afectado. Yo te levanté el espíritu, siguiendo el aforismo griego. Cuidé de tu mente, ocupándome de tu salud. Una quincena comiendo y reposando, te convirtió en mi agradecido primer actor. Si tienes en el Banco unos miles, es gracias a mí. Tan pronto quieras liberarte de lo que llamas mi tiranía, volverás a la nada. Yo puedo encontrar otro actor, pero tú no encontrarás un autor de mi talla.

—Tu vanidad es repulsiva.

—Mi mayor encanto es ser repulsivo, Barnett.

—¡Te oiré crujir de dientes, cuando te enseñe las diez acciones que Silvia me dará mañana! Es mañana, Sid, cuando debes renovar con Silvia el contrato de cesión. Y ella no lo renovará. Ella y yo nos vamos a independizar. Tengo ofertas de Gaffery.

—Gaffery es un esteta alambicado, para minorías.

—¡Llena meses enteros cualquier sala!

—Porque tiene a un actor como Pidgeon. Contigo, no llenaría ni un establo en Texas.

—¡Fuera de aquí, fuera de aquí!

Congestionado el semblante, adelantó Forrest Barnett las manos hacia el cuello de Sidney Golding por encima de la mesa.

Sidney Golding, flemático, se limitó a mirar al que crispando los dedos, retrocedió.

Entonces, fue cuando el director de la compañía, se levantó.

—No te olvides de lo que tanto te repito, Barnett. Cuando cierras el teclado en el tercer acto, debes hacerlo con delicadeza, como quien palpa una madera sagrada, no como un cargador del muelle que apuntilla la tapadera de una caja. Empieza a maquillarte. Y menos rojo en los labios, Barnett.

Sidney Golding en el corredor, giró lentamente el cuello. Su ceja izquierda se arqueó…

Muriel Landis dejó de reír, y aproximándose dijo:

—Buenas noches, Sid. Le presento a un entendido en arte: Glen Anderson. Permítale asistir a la obra entre bastidores, Sid. Hasta luego, Glen.

Corrió ella hacia el camerino que compartía con Diana Dean.

Sidney Golding siguió mirando con frialdad a Glen Anderson. Éste señaló hacia la escalerilla que conducía al foro.

—Ocho peldaños que pudieran ser todo un simbolismo, maestro.

—No doy clases a deshora, señor Anderson.

—Le he llamado maestro porque aludo a su pequeña sinfonía para piano y cuerda.

—La compuse a ratos perdidos. Muriel ha citado que es usted entendido en arte. Pero Muriel solo entiende de un arte: el de elegir telas para vestir. Veo que usted también. Su camisa es a la vez risueña y fúnebre.

—Pero menos que la frase de la cuarta escena del primer acto. No me gusta, porque es como una nota falsa. ¿Qué necesidad tiene la violinista de citar el eco de un violín en la noche solitaria de un templo? Es de un cursi subido, maestro.

—Nunca rechazo la ocasión de aprender, amiguito. Si tiene la magnanimidad de seguirme, nos sentaremos de modo que pueda yo deleitarme oyéndole, y ver cómo mi obra es representada.

Al término de las escaleras, en el foro derecha, ocupó Golding un sillón, permaneciendo en pie Anderson.

Los tramoyistas esperaban la señal luminosa para alzar el telón. Uno de ellos, sostenía en alto el *pick-up*, mientras al piano abierto, vino a ocupar el escabel Forrest Barnett.

La conversación siguió en susurró:

—Decía usted que yo era de un cursi subido, señor Anderson.

—No lo es, y por esto mismo desentona el fraseo citado.

Además, ¿por qué ha de desmelenarse Muriel? Posee ya en abundancia, sexo. ¿Por qué Barnett cierra el piano haciendo sonar la tecla más grave? Es impropio. Y usted en su obra, dice textualmente: «Rod Nelson cerrará suavemente el piano, con religiosidad, y se mirará la diestra ensangrentada».

—Usted es un adulador. Quiere hacerme comprender que se ha leído mi obra.

—Leo todo lo que se refiera de más o menos cerca al teatro. Desde que tenía quince años…

—¿Cuántos tiene ahora? ¿Dieciséis?

—Veinticinco.

En la escena acababa de entrar Silvia Willard, la primera actriz. En la obra, era la esposa del compositor Rod Nelson, representado por Forrest Barnett.

—Excelente. Muy superior a Barnett —susurró Anderson.

—Anatómicamente, sí.

—Un cinismo desplazado, señor Golding. Usted es tan romántico como yo. ¿Olvida ya que escribió «Ritmo Vals»?

—Un pecado de primera juventud. Tenía yo entonces treinta años… Es usted peligrosa, jovencita. Me está seduciendo. Por suerte no es actor.

—Pertenezco al Teatro de Cámara de Barclay.

—Tengo la compañía completa.

El resto del acto, en que tenía papel preponderante Silvia Willard, lo oyó Anderson junto a los bastidores, alejado de Golding.

Los aplausos fueron unánimes.

—Un primer acto espléndido —comentó Anderson, regresando junto al director-autor—. Lástima que falle el segundo en su final.

—¿Sí? Ilústreme, maestro.

—Repito que es una concesión a la galería, permitir que Muriel se suelte el cabello como una Mesalina de folletín.

—¡Muriel! —llamó Golding.

Acudió ella presurosa, Golding la miró fijamente.

—Tu presuntuoso amigo execra celosamente ver desparramarse la miel de tu melena. Sujétala.

—Gracias, Sid.

Se marchó ella, y aproximándose, Silvia Willard saludó con una inclinación de cabeza, a Glen Anderson.

—Buenas noches, Sid. Está muy nervioso Forrest. ¿Habéis disputado los dos otra vez?

—Quiso estrangularme, y esgrimió la supuesta cesión de tus diez acciones, Silvia.

—Quiere casarse conmigo. Le quiero, Sid.

—Yo te creía nacida para el teatro, Silvia. Si te casas con este energúmeno de Barnett, os hundiréis. Te presento al joven crítico literario y musical Glen Anderson.

Sidney Golding abandonó su asiento, para dirigirse a la escalera que en descenso conducía a los camerinos.

Silvia Willard sonrió:

—¿Qué tal, Glen?

—Siempre tu admirador.

—Pero has venido con Muriel.

—¿No vas a casarte con Barnett?

—Se lo he dicho así a Sid, porque Forrest me necesita. Hace ya cuatro años consecutivos que trabajo con Forrest, y le tengo mucho cariño. Voy a mudarme, Glen. Hasta luego.

Glen Anderson recorrió el foro, hasta que en la cabina de «efectos» divisó a Troy Dowell, el antaño famoso actor.

Una ruina de hombre. Lacrimoso, temblón, dominado por el alcoholismo. Daba pena verle, pero ya no producía compasión oírle. Compendiaba la malignidad del fracasado, que atribuía su degradación a ajenas conspiraciones, sin reconocer que era él mismo el autor de su decadencia moral y física.

Era un enigma para muchos, que el egoísta Golding, conservara en la nómina de su compañía a Troy Dowell.

Mediado el segundo acto, Muriel Landis sin desmelenarse, provocaba en el compositor la pasión insana.

Dividido entre tres amores, el personaje, trataba de definirse hacia el final del segundo acto. La violinista representada por Diana Dean, era su alma, Silvia Willard su compañera afectuosa y comprensiva, Muriel Landis la llamada de los sentidos…

Susurró Anderson:

—Un hombre de gran espíritu no mata a la que le suscita la bestia. Se domina y atiende a su arte, dicen los críticos. Pero no estoy de acuerdo. Rod Nelson no mata por debilidad, por temor a sucumbir, sino por asco de sí mismo, por haber sido capaz de

permitir que sus sentidos le traicionaran.

—Muy bien, jovencito. Una crítica acertada la suya. Trate de publicarla y le regalaré diez dolares… Pero ¿qué le pasa ahora a ese estúpido?

Sidney Golding abandonó su sillón. En escena, Muriel Landis fuera de su papel, miraba con estupor a «Rod Nelson»…

Un murmullo brotó en la sala.

—¡Telón! —gritó Golding, anticipando el normal fin del acto.

El telón cayó.

Muriel Landis entre sus crispadas manos, balbució:

—¡Está… está muerto!…

Sidney Golding enderezándose de nuevo, después de tomar el pulso que ya no latía, entreabrió el telón.

Al aparecer se hizo el silencio. Envarado, anunció:

—Distinguido púbico: una repentina indisposición del primer autor Forrest Barnett, nos obliga a suspender la función. Buenas noches, señoras, buenas noches, caballeros.

CAPÍTULO III

Jesse Stevens, teniente de la Brigada de Homicidios, se abanicó con el sombrero. Hacía ya más de una hora, que el telón había barrido las candilejas, anticipada y accidentalmente.

En el camerino del difunto Forrest Barnett, el teniente Stevens, cerró su libreta. Se encogió de hombros, mirando a Sidney Golding.

—Un final trágico, muy teatral. Será una buena propaganda.

—Pero me he quedado sin primer actor.

—Mañana a las diez declararán todos en el despacho del adjunto fiscal, señor Golding. Mero formalismo. Pero, sean puntuales, por favor.

* * *

El adjunto fiscal unió con clip todas las hojas que formaban el expediente de diligencias previas, concluso por el teniente Jesse Stevens.

Comentó:

—Una muerte muy propia de un actor. Ha descartado usted toda posibilidad de ajena intervención, Stevens.

—Yo no he descartado nada. Han sido los hechos los que han descartado toda posibilidad de ajena intervención. En el segundo acto, Barnett figura que mata con un estilete a una de las actrices, la vampiresa. Después, para serenarse bebe una copa de algo. Agua teñida con jarabe. Barnett que sufría de dispepsia, algunas noches echaba en la copa una píldora calmante. En la copa quedan residuos de digital. Y él mismo compró el digital encontrado en residuos en el tubito que sacó por su propia voluntad del bolsillo de su

americana en escena. Tenemos el informe del médico que le visitaba. Una grave depresión nerviosa, una aguda neurosis. Y por último, los peritos calígrafos están por una vez plenamente de acuerdo. La carta que dejó en su camerino en el entreacto, es suficiente.

El adjunto fiscal levantó unas hojas, y leyó en voz alta:



—¿Puedo felicitarla, Muriel?

Yo, Forrest Barnett, en mi pleno uso de razón, sin que medie coacción, y por entera disposición de mi libre albedrío, declaro de mi puño y letra, lo que sigue:

«El fantasma de la vejez con sus achaques atormenta mis desveladas madrugadas. Quiero morir en belleza, aplaudido, en plena representación. No soportaría declinar, y sin rencor, entre aplausos me sumiré en el eterno reposo. Dios se apiade de mí».

* * *

La prensa en grandes titulares destacó el suicidio de Forrest Barnett.

Ni el más suspicaz de los reporteros y lectores, podía impugnar las aplastantes pruebas dejadas por el propio suicida, que había elegido un modo original de despedirse del público.

* * *

A las once y treinta de la mañana siguiente, Muriel Landis y Glen Anderson entraban en el despacho, donde recién abandonado el diván-cama, Jay Jagger mostró varios periódicos.

—Fuiste testigo, Glen. ¿Cuál es tu veredicto?

—Recogí las espontáneas primeras declaraciones entre bastidores. Cuando la gente sin la policía escuchando, dice lo que siente. Salvo tres, todos los demás aceptaban el suicidio de Barnett.

—Lo han aceptado así el teniente Stevens y el adjunto fiscal. No hay un solo resquicio por donde pueda filtrarse la sospecha de asesinato. ¿Usted qué opina, Muriel?

—Barnett estaba desquiciado. Bebía, trasnochaba, no dormía lo suficiente, tenía mal carácter…

—Entonces queda usted eliminada de las tres voces disonantes. ¿Diana?

—Estaba fatigada, y cuando salimos del despacho fiscal, fue a dormir.

—¿Quiénes son los tres que disienten del suicidio?

—Silvia Willard ha reconocido ante la policía que Barnett tenía ataques de neurosis, en que lo veía todo negro. Pero antes que llegase la policía, dijo textualmente: «¡Forrest hubiera matado antes de matarse!»

—Poca cosa como base. Las reacciones de un neurótico como Barnett son ilógicas. ¿Quién más?

—Troy Dowell, riendo, exclamó: «¡Una obra de arte, Sid!». Estaba borracho.

—¿Acusaba a Sidney Golding?

—Sid y Barnett habían discutido a gritos, aquella noche. Pero era frecuente entre ellos —aclaró Muriel Landis.

—Tal vez Dowell quiso decir que la muerte en escena, era la mejor actuación sincera y natural del pobre Barnett —sugirió Jay Jagger.

—Es mi opinión.

—¿La tercera persona recelosa?

—Diana Dean.

—¿Diana?

—Recordó el incidente del saco que cayó sin aplastar a Forrest Barnett. Y tuve que recordarle que la caja de
«Coca-Cola»
nos iba a aplastar a una de las dos, y no estaba Barnett —dijo Muriel.

—Entonces, ¿asunto terminado, Glen?

—Por mí, sí.

—¿Sabe alguien aparte Diana y Muriel, que la agencia te envió al teatro, Glen?

—Nadie lo sabe, aparte ellas dos. La propia Silvia ignora que formaba parte de tu agencia, Jay.

—¿Que formas parte querrás decir…?

—No. Ya no trabajaré para vosotros, los Jagger. Me van a hacer una prueba esta misma tarde. La misma Silvia reconoce que puedo muy bien sustituir a Barnett. Y el propio Golding admite que mi aspecto físico encaja a maravilla en el papel de Rod Nelson. Ha sido una oportunidad excepcional, la que me concede el pobre Barnett.

* * *

Aquella noche, seguía ostentando el cartel una franja negra y la mención ritual:

«NO HAY FUNCION»

La prensa del día siguiente pregonaba que «Rapsodia de Crímenes» sería representada con el mismo elenco.

Variaba el intérprete de «Rod Nelson». Un joven desconocido llamado Glen Anderson.

CAPÍTULO IV

—Un éxito apoteósico de los de verdad. No pagan las gacetillas. Hasta Rogers, el crítico más severo, ha dicho que Anderson parecía haber nacido para ser el «Rod Nelson» creado por Golding. Tienen obra para meses. Vendido todo el taquillaje con diez días de anticipación. Han venido hasta de Frisco. La pareja Anderson-Silvia Willard ha recibido ya proposiciones de Hollywood.

Habían transcurrido quince días desde la muerte de Forrest Barnett.

Diana Dean y Jay Jagger se veían de vez en cuando. Nunca casualmente.

Al borde de la piscina del «Adelphi», ella prosiguió:

—No se ha envanecido Glen. Al contrario. Todos le quieren. Es sencillo, amable y cariñoso. Y ha conseguido lo milagroso: mantener a raya las salidas de tono de Sid. Reina la concordia y el optimismo. Y es triste pensar que todo esto se ha logrado, por el suicidio del pobre Barnett.

—Yo perdí un buen detective.

Poniéndose en pie, Jay Jagger distendió su enjuta musculatura.

Zambulléndose, emergió para nadar al mismo ritmó cuatro largos de piscina. Vino a normalizar su respiración, asido al borde, y dijo:

—Cuanto más te conozco, menos te comprendo, Diana. Eres por naturaleza, opuesta a todo fingimiento. ¿Cómo elegiste ser actriz?

—No elegí, sino que me eligieron. Ya te he dicho que mis padres eran actores. Pero Sid me dice constantemente que no sirvo para otra cosa que para ser la violinista romántica de su obra. Y tiene razón. En cambio, siento vocación de detective.

—Te contrata la Jagger inmediatamente. Hay estrellas de cine

que piden detectives femeninos. Es nuestro principal ingreso, proteger estrellas. ¿Por qué crees que tienes vocación de detective?

—Será que tengo malos pensamientos, Jay.

—¡Imposible! Tu ingenuidad es de buena ley. Precisamente, la mejor cualidad según el Mayor. Una detective como tú, una vez examinada por el Mayor y mis dos hermanos, viviría emociones y ganaría más que en el teatro. ¿Cuánto supones que puedes ganar en la Jagger?

—Sustos, carreras, fracturas y juvenil entierro.

—La acción la llevamos mi hermano Irvin y yo. Tú serías como si dijéramos el dulce señuelo.

—Te advierto que el mundillo teatral me es antipático. Preferiría otra labor. Pero temo ser demasiado mal pensada para servir como detective.

—Una cualidad esencial. ¿En qué te fundas para creer que eres mal pensada?

—En el suicidio de Barnett —musitó ella.

Deslizándose en el agua, nadó con graciosa torpeza. Jay Jagger sentado al borde, estipuló que Diana Dean con su deliciosa ingenuidad sin abobamiento y su magnífica figura, sería una excelente adquisición para la agencia Jagger.

Vestidos, hablaron de otras cosas. Fué al abandonar el «Adelphi», cuando en el dos plazas de Jay Jagger, ella dijo:

—Cada día me cuesta más enfrentarme con Sid Golding.

—Tengo entendido que es antipático.

—No es por eso, Jay. Es que… me da miedo.

—¿Sid Golding?

—Es muy inteligente. Y está enamorado de Silvia Willard. No se lo ha declarado, y nadie lo comenta. Pero hay cosas que las mujeres adivinamos. Con ella, es frío y casi insultante, pero una vez que él se creía solo, le vi mirar a Silvia. Sólo miran así los hombres muy enamorados.

—¿Y qué motiva tu miedo?

—Que pueda él adivinar que yo… le creo el asesino de Forrest Barnett.

—Quedó bien claro que era un suicidio.

—Silvia iba a casarse con Barnett. Silvia le hubiera entregado las diez acciones de la compañía, y ya no tenía entonces Sid la

mayoría. Es ingenioso Sid, Pudo conseguir que todo pareciera un suicidio.

—Barnett bebió en escena el veneno y escribió la carta. ¿Que ahora Sid puede casarse con Silvia? Los favorecidos por una muerte no son necesariamente asesinos. En este caso, tendríamos como principal sospechoso a Glen Anderson.

—¿Glen? ¡Por Dios, un muchacho tan bueno!

—La muerte de Barnett, le ha permitido ser un hombre famoso y en vísperas de la gran fortuna. Y siendo detective, tenía más técnica para fingir un suicidio… No, Diana, no. Pensar mal es acertado, siempre que eliminemos lo imposible.

—La cuestión es que cada vez que veo los ojos de pez de Sid Golding, me entra un escalofrío. A mí puede sustituirme Dora Simón… ¿Me ofreciste de veras un empleo, Jay?

—Nuestro jefe, firmará sin rechistar un contrato por un año, a la auxiliar Diana Dean. ¿Cuánto ganas en escena?

—Alojamiento, manutención y cien semanales. En hotel de segunda, Jay —sonrió ella.

—Los Jagger te ofrecen una taza de té a las cinco. Primero les hablaré de ti. ¿Estás dispuesta a dejar el teatro?

—Sí. Muy decidida.

—Entonces, a las cinco en punto, conocerás a los demás Jagger. Mi tío Clemens, y mis hermanos Harold e Irvin. Te portarás como eres, y no te asombres si te parecen bruscos o raros. Mi tío Clemens fue militar, y presume de duro. Es un trozo de pan. Mi hermano Harold es el diplomático de la casa. Trata con la crema y nata. Mi hermano Irvin está empeñado en parecerse a Richard Widmark, pero es un gran muchacho. Y a mí, ya me conoces. Como puedes deducir, somos gente pasable, ¿no? Hasta las cinco, Diana.

* * *

Clemens Jagger se alisó su mostacho blanco, y en el rubicundo rostro, los azules ojos se hicieron pérfidos al mirar a Jay Jagger.

—Estamos en familia, Jay. ¿Estás enamorado de esa maravillosa criatura sin igual?

En su sillón, Irvin Jagger se removió tratando de encontrar mejor posición. Le dolía el brazo en cabestrillo, y la mandíbula

izquierda tenía un hermoso color azul, pero había ingresado en la cárcel pasando primero por la enfermería, su recién perseguido.

Rezongó:

—Deje en paz a Jay, viejo verde. Si Jay estuviera enamorado, nos lo diría.

Intervino conciliador Harold Jagger, untuoso:

—He visto a Diana Dean, Mayor. Es tal como la describe Jay. Hemos de admitir que en la agencia tenemos exceso de ofertas de muchachas poco honorables o de honorables esperpentos. Doblarle a Diana Dean, lo que gana en el teatro, es una buena inversión. Demuestra ella ser razonable, puesto que abandona las tablas…

—¡Ta, ta, ta! Vosotros tres, siempre estáis de acuerdo cuando se trata de llevarme la contraria. Yo fundé esta agencia, y se mantiene a flote, porque tengo experiencia. Cuéntame el chiste, Irvin. Tengo en cuenta tu deficiencia mental y física.

Irvin Jagger adelantó la barbilla en gesto retador. Gimió, recordando de pronto que no se podía permitir el libré uso de sus mandíbulas.

—Su agencia hace tiempo que se hubiera ido al diablo, a no ser por Jay, que además de cerebro tiene valentía. Si Jay dice que una ninfa vale, vale. Y ya le veo a usted, Mayor. Se está preparando como un chacal para atacar a la gacela.

—Diana Dean será examinada, y te guste o no, Jay, emplearé mi método.

Tocaron en la puerta del salón particular del Mayor Clemens, y el hercúleo negro que actuaba de chofer, mayordomo y otros menesteres, anunció canturreando:

—La señorita que esperan ya está aquí, sí, señores…

Desapareció, y luego contra la puerta cerrada se recortó la esbelta silueta femenina.

Ceremonioso, en pie, Harold Jagger invito:

—Considérese en su casa, señorita Dean. Ya conoce a mi hermano Jay. Tengo el honor de saludarla. Éste es mi hermano Irvin, y nos preside el Mayor Clemens Jagger.

—¿Cómo están ustedes? —sonrió Diana Dean.

—Yo bastante mejor desde que ha entrado usted, ninfa. Y no le haga demasiado caso al viejo Mayor. Se cree un tunante.

Diana Dean avanzó hasta quedar en el centro del salón.

Clemens Jagger atusándose el mostacho, inició su examen:

—No debe sorprenderse si necesito cerciorarme de sus condiciones, Diana Dean. Aparentemente, es usted encantadora. ¿Quiere levantarse un poco la falda?

Diana Dean ladeó la cabeza. Replicó sonriente:

—Debo haberme equivocado de piso. No soy corista, señor Jagger. ¿Es usted agente de revistas?

—Un tanto a favor de Diana —exclamó jubiloso Irvin.

Se tocó con la mano válida la mandíbula dolorida.

Clemens Jagger sin inmutarse dijo:

—Tiene aplomo, Diana. ¿Cuántos años tengo yo?

—Lleva con bastante gallardía unos cincuenta a lo sumo, Mayor.

—Cincuenta y tres. ¿Qué le parece Jay?

—Un excelente consejero.

—¿Y Harold?

—Por lo poco que he podido apreciar, está mejor educado que Jay, que usted, y que Irvin.

—¡Cómo le caló, viejo, cómo le caló! —dijo Irvin Jagger, muy satisfecho—. Vamos al grano, nena. Si yo necesito que usted me trabaje a un tipo recio, ¿se echará usted atrás?

—Lo suficiente, pero no demasiado. He sido la ingenua perversa de «Desconfiad de las adolescentes».

—¿Cuántos novios ha tenido, Diana?

—Dos en la escuela primaria. Cinco aspirantes rechazados por mala intención, y dos que me rechazaron a mí, porque prefirieron a Muriel.

—¿Algún amor actual, Diana?

—No.

—Podemos probar. Éste es casado —indicó Clemens Jagger, señalando a Harold—. Su esposa es buena y simpática. Dispone de una alcoba. ¿Le interesa comer la cocina de los Jagger?

—Podemos probar —rió ella.

—¡Contrátela ya, viejo! Es una perla esta preciosidad de nena.

Diana Dean firmó.

CAPÍTULO V

—Es incomprensible, pero evidente. Como actor, Glen es insuperable, y puedo decirlo sin temor a que se envanezca puesto que estamos solos, Silvia. Cuando en la escena cumbre, te repite que es a ti a quien únicamente quiere… habla como un hombre enamorado.

Silvia Willard miraba por la ventana del piso de Sidney Golding. Dijo sin volverse:

—Tú lo has expuesto, Sid. Es un gran actor.

—Muriel es materia deleznable.

—Muriel es bonita, es joven, es apasionada.

—Un actor que está principiando una carrera triunfal, comete, un grave error casándose.

—No es necesario que se haga público. Son muchos los primeros actores casados con partiquinas.

—Tú sabes que Muriel no sirve para otra cosa, que para su rol de seductora Circe. ¿Cómo ha podido enamorar a Glen?

—Tienes ya argumento para otra obra, Sid. El hombre espiritual dominado por la Circe. He visto ya los figurines, y estoy de acuerdo. ¿Puedo irme?

—No tardarán en venir Muriel y Glen. Los he citado.

—¿Para qué?

—Según parece, Muriel en la próxima obra quiere más papel.

Revolvióse Silvia Willard, vibrante de desprecio.

Miró con exasperada fijeza a Sidney Golding.

—«Rapsodia» puede mantenerse en cartel tres meses más aquí, y en jira años.

—Glen Anderson es primer actor, querida. No te supera, pero te iguala. Si me exige más papel para Muriel, me pondrá en un

aprieto, a menos que Glen sepa convencer a su futura esposa.

—Sabes sobradamente que Muriel es un desastre.

—Físicamente no.

—El propio Moliere redivivo fracasaría llevando como primera actriz a Muriel Landis.

—Salvo si escribía un papel adecuado a las condiciones físicas de Muriel.

—¿Lo escribirás tú?

—Un marido enamorado es difícil de manejar.

—No se han casado todavía.

—Lo dices con tono amenazador, querida.

—No estoy dispuesta a tolerar que Muriel nos perjudique, y nos perjudicaría quitar del cartel la obra.

—Acaba de abrir la puerta.

Se oía un taconeo, y al poco apareció Muriel Landis.

—¡Mi querida Silvia! —Y ambas dirigieron a izquierda y derecha la cabeza, en dos besos que no rozaron las mejillas, pero que parecían contener gran dosis de afecto—. ¿Cómo está usted, Sid?

Glen Anderson, en silencio, fué a sentarse.

Muriel Landis, quitándose los guantes, mostró su mano en la que brillaban en anillo de platino dos pequeños brillantes de purísimo fulgor.

—Es el día más feliz de mi vida, Silvia.

—¿Cuándo la boda? —inquirió Sidney Golding.

Rió Muriel Landis, mirando a Anderson, mientras se sentaba en el brazo del sillón. Él la enlazó por el talle, y anunció:

—El juez de paz, dos testigos que han jurado silencio, y vosotros dos, sois los únicos en saber que desde las once de esta mañana, Muriel es la señora Anderson.

—Mi enhorabuena, querida Muriel. De todo corazón os deseo una eterna felicidad.

—Yo no —dijo Golding—. Te daría la enhorabuena, Glen, si supiera que Muriel va a ser prudente. Estás en el principio de una muy difícil ascensión, Glen. Tal como llevamos la obra, tenemos años de constante beneficio y triunfo. Así pensamos todos… menos tú, Muriel.

—Yo pienso igual que vosotros, Sid. Pero cuando sea necesario reponer otra obra, es mi aspiración compartir con más amplitud el

éxito de Glen. ¿Te vas, Silvia?

—Sí. Vuelvo a daros mi enhorabuena. Tengo una cita a las cuatro.

—Faltan aún veinte minutos, Silvia. Dime francamente si no compartes mi opinión. Yo no pretendo quitarte tu puesto, Silvia.

—Hay pretensiones absurdas, Muriel.

—Ya sé que no poseo tu veteranía —apuntó Muriel, maliciosamente.

—Cuando cumplas mis treinta y tres años, seguirás siendo lo mismo que eres ahora, Muriel. ¿Quieres saber lo que eres?

—Me gustaría…

—Circe.

Silvia Willard pronunciado el nombre de la diosa mitológica, recogió su chaquetón de pieles, y dirigiéndose hacia el recibidor, se despidió:

—No me acompañes, Sid.

Reinó un silencio. Por fin, dijo Muriel:

—¿Circe? ¿Qué me ha querido insinuar esta envidiosa?

—No sabía que Silvia te envidiara —replicó Sid.

—Usted sabe muy bien que Silvia está enamorada de Glen.

Glen Anderson puso el índice sobre los labios de su esposa.

—Es halagador pensar que tengo una esposa que en todas las mujeres ve enamoradas.

—¿Qué significa Circe? —insistió ella.

Sidney Golding señaló hacia un estante.

—En el tercer compartimiento, está el diccionario, Muriel. Busca en el lomo la letra «C», y lee sin chillar. Glen y yo sabemos quién era Circe.

Ella se abalanzó al estante. Sidney Golding añadió, fijos los claros ojos en un punto por encima de los rubios rizos de Glen Anderson:

—Serás el actor de moda, mientras tengas por pareja a Silvia. Me firmaste un contrato por el cual mientras «Rapsodia de Crímenes» mantenga en taquilla un ochenta por cien vendido del billetaje, no se retirará, ni se alterarán los dos principales papeles.

—Y así será, Sid.

Chocó pesadamente contra una pared el tomo lanzado por Muriel, que exclamó:

—¡No debiste permitir que Silvia me insultara así, Glen!

—Mi poco apreciada Muriel… Quiero hacerte saber que este piso me cuesta un elevado alquiler, comprendido el buen estado de sus paredes. Reserva para tu intimidad las escenas pasionales. Quiero ser por una vez tu consejero, Muriel. Tu recién adquirido marido, ganará fama y dinero, si tú te mantienes en segundo plano en escena.

—Vámonos, Glen.

—Hasta luego, Sid.

Sidney Golding ondeó la mano. Cuando el ayuda de cámara hubo cerrado la puerta, Sidney Golding se aproximó a la ventana, desde la que se divisaba el intenso azul marino.

Repicó sobre el cristal. No podían fallar sus cálculos, por culpa de una vulgar mujerzuela, y un dócil e inexperto bobalicón que confundía el amor con aquello…

Él necesitaba redondear el millón para dedicarse a escribir no para un público, sino para la posteridad.

Oyó la puerta de nuevo funcionando. Un taconeo…

—¿No tenías una cita, Silvia?

—Fue un pretexto. ¡Hubiera sido capaz de comportarme como una verdulera!

—Tu elegancia espiritual ha quedado en buen lugar.

—Si Muriel sigue en la compañía… no tardaré en irme yo.

—No puedes hacerme eso. Yo escribo para ti. Espera a que le pase la euforia a Glen. Ya comprenderá quién es Muriel.

—No. No lo comprenderá. Está completamente dominado por ella. Y tú lo sabes.

—Pero también ella sabe que Glen ganará dinero mientras represente la misma obra.

—Una mujer como Muriel, prefiere arruinarse, con tal de saciar un odio. Siempre me odió. Me di cuenta el día en que ella creyó que el pobre Forrest se dejaría, llevar ante el juez de paz. Fracasó, y no me lo ha perdonado. Ahora en cambio, habiéndose casado con Glen, hará lo imposible por encizañar. ¡Qué le importa a ella tu obra!

—A ella no le importará, pero a mí sí, y mucho. De momento, Silvia, tengamos paciencia.

Señaló ella el tomo de diccionario caído en el suelo.

—Ha mejorado su cultura. Sabe ya quién es Circe —comentó

Golding.

—En el fondo me decepcionó Glen —sonrió tristemente ella—. No le supuse tan materialista. Si por ejemplo se hubiera casado con Diana lo hubiera comprendido…

—¡No cites más a esa iconoclasta, que abandonó la escena con sus privilegios para convertirse en mujer policía! Es deplorable este mal gusto. Otra decepción, Silvia.

—Vamos siendo dos desengañados, Sid.

—Dos desengaños forjan una sublime ilusión…

—Hermosa frase. Pensaré en ella, Sid. Me voy ahora.

—Siempre tu rendido y platónico suspirante.

También ella dijo irónicamente, yéndose:

—Me conmueve tu fidelidad, pero no me convence.

A solas, Sidney Golding volvió a hacer sus cálculos.

* * *

Silvia Willard, pensativa, salió del ascensor y atravesando el lujoso pasillo del hotel, abstraída, no vio a la mujer que desde hacía unos momentos esperaba su llegada.

Fué apenas abierta la puerta, cuando la reconoció. Fingió no haberla visto, entrando en la antesala.

Tras ella, penetró Muriel Landis.

—¿Estorbo, Silvia?

—Siempre.

—Posiblemente, ahora más que nunca.

—Si en interés de la obra, tengo que soportar tu presencia en escena, en estas habitaciones tengo derecho a repetirte que me estorbas. Me gusta estar a solas.

—Vine en son de paz, Silvia.

—Si así fuera, tus frases no silbarían. Por una vez, y ya que me impones tu presencia, vamos a ser sinceras, Muriel. Siempre me odiaste, porque soy la primera actriz. Alimentó tu odio, cuando fracasaste en tu intento de casarte con Forrest. Si crees que yo amo a Glen, estás pues vengada. Pero desiste de tu vana ilusión. Nunca serás una actriz, y yo haría cualquier cosa por impedir que malogres el porvenir de Glen.

—No vine a hablar de amoríos, Silvia. ¿Por qué no declaraste a

la policía que al día siguiente de su muerte, Forrest Barnett con tus acciones podía sacudirse la autoridad de Sid? ¿Encubres a Sid?

—Ignoro lo que pretendes, pero lo que acabas de insinuar es absurdo. La policía demostró sin lugar a dudas que Forrest se suicidó. Y mejor harías en no remover este antiguo suceso. Te lo aconsejo.

—Forrest hubiera esperado a suicidarse. Antes habría hecho padecer en su egolatría y vanidad a Sid.

Fumando nerviosamente, Silvia Willard, dejó de apoyarse en la repisa de la chimenea.

—Si tienes dudas sobre el suicidio de Forrest, voy a añadirte otra más, pero más sólida. Generalmente el tubito que Forrest llevaba en su chaleco con calmante para su dispepsia, y que empleaba en el segundo acto, quedaba al alcance tuyo.

—¿Yo? —Y sorprendida, dilató los ojos Muriel Landis.

—No negarás que Forrest, al abrazarte antes de beber te daba ocasión para sustituirlo por un tubo de digital…

—¡El compró el digital!

—Para su corazón, en pequeñas dosis. Lo dejaba en su camerino. Lo cogiste y en plena escena de pasión, tuviste ocasión de efectuar el cambio. Forrest creyendo tomar su calmante, se envenenó. ¿Pensaron en ello los policías?

—Pero… ¡leyeron la carta dejada por Forrest! Es absurdo, que yo…

—No te atragantes, porque te afea mucho. Vete, Muriel.

—Piensa que un día, u otro, Glen me impondrá como primera actriz, porque…

De la repisa cogió Silvia Willard una estatuita, que lanzó vigorosamente hacia la que emprendió una veloz retirada. Las súbitas cóleras de la primera actriz eran temibles. A solas, y tras cerrar de un portazo, Silvia Willard, desfigurada por el rencor, musitó:

—Atrévete, y te mataré…

Capítulo VI

Hildegarda Jagger se limpió los dedos en el delantal, tras colocar sobre la mesa, la fuente de natillas.

Ausentes los hermanos Irvin y Jay, comían en silencio el Mayor Clemens y Harold, marido de Hildegarda.

Abandonaron también en silencio el comedor.

Diana Dean comentó:

—Constantemente meditando, y yo abusando de tu hospitalidad, sin tomar parte en ninguna investigación, Hilda.

Flaca, de aspecto tímido, de un rubio descolorido, Hildegarda Jagger, parecía una institutriz británica, que hubiera abandonado toda coquetería al dejar atrás los treinta años.

Para Diana Dean, resultaba una encantadora y graciosa amiga, con inesperadas salidas humorísticas, más detonantes por su seriedad al decirlas.

—Sólo sabemos que fuimos felices, cuando dejamos de serlo, Diana. Te quejas ahora, porque llevas diez días sin ser requerida por los cuatro ases, pero ya verás después…

—Correr peligros me emocionará.

—Tendrás suerte, porque debo decir que por comprometida que sea la situación en que nos hallemos, los Jagger siempre nos salvan.

—Me hace gracia figurarme que tú has intervenido en investigaciones.

Cerrando la lavadora eléctrica, Hilda Jagger replicó:

—También le causó gracia al principio a Hugo Lulli.

—¿Hugo Lulli? ¿No era el pistolero que asaltó el «Comercial Bank» de San Francisco?

—El mismo.

—Pero, era muy bestia…

—Dejó de serlo, cuándo le sorprendí.

—¿Cómo pudiste sorprenderle?

—Con el paraguas de mango de plata maciza. ¿Qué quieres hacer esta noche, Diana? ¿Cine, teatro…?

—Debería quedarme, por si me necesitan.

—Tu turno ha terminado, y además esta noche, tienen ellos cuatro reunión general en un casino de Santa Mónica. No nos necesitan, y Harold me ha dado permiso para divertirnos decentemente hasta primeras horas de la madrugada. Si quieres ir a bailar, a mí me encanta la música.

—Iremos donde quieras, Hilda.

En el coche conducido por la aparentemente inofensiva componente de la Agencia Jagger, preguntó Diana Dean:

—¿Has ido alguna vez al «Italian Gaiety»?

—He leído que es un teatrucho donde abundan las chicas ligeritas de ropa, representando vodevil de autores color lechuga. Puede que nos riamos.

—No empieza hasta las once y media.

—Vamos pues a ver «El secreto de Mayerling». Me ha dicho Harold que es de un romántico que pela. Como me gusta.

—¿Por qué hablas así, Hilda?

—Me contagia el bruto de Irvin, un gran muchacho. Y además, en secreto, te diré que a mi Harold le hace gracia. Dice que es como la pimienta sobre almíbar.

A la salida del cine, y aparcado el coche en la entrada del callejón de acceso al «Italian Gaiety», dijo Diana Dean de pronto, siguiendo el curso de sus meditaciones:

—El digital tiene el mismo color que peptona, ¿verdad, Hilda?

—No tengo a mano el «Tóxico Tandbook».

—Supongamos que en un tubito conteniendo peptona, colocasen digital, o que cambiaran…

—Vamos a divertirnos, Diana. Fíjate en el cartel.

Las pancartas del vestíbulo mostraban una mujer en vaporosas transparencias, a caballo sobre las letras del título del vodevil intitulado:

«CUIDADO CON LAS PELIRROJAS»

—He consultado —dijo Hilda Jagger regresando de taquilla, y

mostrando un billete—. En un palco estaremos tranquilas. Estoy intrigadísima. Nunca he visto un vodevil. Harold cuando se entere…, tendrá que hacer muchos esfuerzos para disimular que ya ha venido a este teatro. Casi seguro que me dirá que vino una vez por asuntos del trabajo, cuando le atosigue. Es delicioso mi Harold, porque cuando intenta mentirme, se lo descubro enseguida, y él se da cuenta.

—¿Cómo lo descubres?

—Entorna un poco el párpado izquierdo.

En el interior del palco, con rejilla delantera, ambas veían escenario y sala, sin ser vistas.

Algunos marinos; pacíficos matrimonios italianos, y aislados cincuentones.

Crepitaban las cáscaras de cacahuetes en el suelo, cada vez que algún nuevo espectador se dirigía a su asiento.

Se alzó el telón, después que la orquesta con trémolos de mandolina y gemidos de acordeón hubo interpretado varias canciones populares, calurosamente ovacionadas al final, y coreadas desde su principio.

El argumento era banal. Pero las carcajadas estallaban fácilmente ante los apuros del provinciano que procedente de una aldea siciliana, se equivocaba de hotel, pernoctando en una pensión de señoritas.

La idea que de las señoritas parisinas plasmaba el autor en las cuatro principales artistas, había ya suscitado en un crítico francés, la creencia de que el autor tenía una verdadera fobia antifrancesa.

El cómico era chabacano, y las actrices lo eran en razón inversa a la exuberancia de sus atractivos físicos.

Diana Dean tocó en el brazo a Hilda Jagger, que se divertía extraordinariamente observando las reacciones del público.

—Hilda… ¡Está allí!

—¿Quién está allí?

—En el palco de proscenio izquierda. ¡Es Sid!

—¿Quién es ése?

—Sidney Golding… Ya te hablé.

—¿El que tú supones que mató al que se suicidó? Tiene aspecto de haberse tragado un sable y tener la empuñadura en la boca. No es guapo ni feo. Unos cuarenta y cinco. Tiene personalidad.

—¿Qué puede hacer Sid en un local como éste? Es todo intelectualidad…

—Querida niña, es insondable el pozo abismal del segundo yo masculino.

—Sid no es lo que te supones, Hilda. No es un materialista. Estoy segura que a su refinada mente, le repugnan esas pobres chicas, cuyo único arte es exhibirse así…

—Si no le gustan, no vendría. Ahora mismo, hace señas a la pelirroja que no lleva peluca, sino que es pelirroja natural.

—Estoy asombradísima, Hilda. No lo comprendo.

—En el entreacto, quieren decir los gestos señoriales de Sidney Golding.

—Daría no sé qué por oír lo que quiera decir Sid a la muchacha que en el programa figura como Nina Gioia.

—Iré a dar una vuelta. Tú quédate aquí. La Agencia Jagger en mi persona hará trabajo extraordinario. A la vez que escuche lo que Sid le suspire a la pelirroja, conoceré los entre bastidores.

* * *

Nina Gioia anudó el cinto de su bata, y mirándose al espejo se encontró arrebatadora con aquel lazo azul en el cobre de su hermoso cabello.

Tras ella, la antigua corista, convertida en asistenta de camerinos, comentó:

—Esmérate, Nina, porque es alguien el del palco dos.

—Viste como hombre acostumbrado a ser rico. Y no es muy feo. Pero tiene algo que hiela…

—El hielo se funde. Yo en mis tiempos…

Pero Nina Gioia no estaba para oír los recuerdos ajenos.

Transpuso la puerta del palco dos, y en la pequeña antesala, Sidney Golding, envarado, cejas en alto, saludó:

—Buenas noches, Nina. Supongo que sabrá quién soy.

—No, señor —sonrió ella, con sincera pesadumbre.

—Soy Golding, el director de la compañía del «Paladium».

—Ah… ¡No me diga que…!

—No tengo la costumbre de mentir inútilmente. No puedo pues decirle que vengo a contratarla como actriz, porque sería una

solemne mentira, ya que desgraciadamente me ha hecho sufrir lo indecible verla actuar.

—Es usted el primer hombre que…

—Porque tengo gusto. Me refiero a gusto por el teatro verdad. Estéticamente, le concedo un valor indiscutible. Y poseo el suficiente discernimiento para darme cuenta que usted es una cera moldeable. Yo puedo convertirla en la actriz que encarna el rol de vampiresa en mi obra «Rapsodia de Crímenes».

—¡«Rapsodia de Crímenes»! ¡Haberlo dicho antes! La he visto dos veces.

—Qué pena… —suspiró Golding—. Pensar que mi obra ha podido gustarle a usted, hasta el punto de hacer bis en taquilla. ¿No leyó mi nombre como director y autor?

—No tengo memoria para los nombres. Una leí «Los Tres Mosqueteros», pero todavía no me he quedado con el nombre del autor.

—El autor es Gumersindo Zapatini.

—¿Italiano? Ve usted. Me habían engañado. Me dijeron que era un francés.

—¿Podría usted rescindir su contrato aquí?

—¡Menudo es Fosco para dejarme marchar! Tiene un genio feroz.

—Las ferocidades se ablandan con cheques al portador. ¿Qué emolumentos percibe aquí, Nina?

—Cinco por noche.

—A partir de mañana, si viene a mi piso a las tres en punto de la tarde, puede que haga de usted una actriz. No cuesta nada ensayar. He convertido en actrices a mujeres menos guapas que usted, y casi tan estúpidas.

—¡Oiga, oiga…!

—Vendrá a las tres, y cuando se vaya a las cinco, habrá ganado veinte dólares por sesión. Espero que antes de quince días, usted conocerá a fondo el papel que ahora interpreta Muriel Landis, la vampiresa del segundo acto. Si sirve, como espero, rescindiremos su contrato con Fosco. Ésta es mi dirección. Mañana por la tarde a las tres en punto. Descontaré un dólar por cada cinco minutos de retraso. Ha tenido usted la suerte de conocerme, Nina. Buenas noches.

Cogiendo su bastón de puño redondo y marfileño, Sidney Golding se cubrió el rizoso y grisáceo cabello con el fieltro negro de anchas alas.

Al atravesar el pasillo no se fijó en la mujer de aspecto de solterona inglesa, que parecía examinar fotografías de una vitrina.

Nina Gioia dando vueltas entre sus afilados dedos a la tarjeta dejada por Golding, se encaminó hacia el camerino.

No actuaba hasta mediado el segundo acto, en que verificaba una entrada espectacular.

Tomó por testigo a la ex corista.

—Tú habrás conocido a varios directores de teatro.

—Un montón.

—Tienen manías, ¿verdad?

—En confianza, te diré que todos tienen manías, sean directores escénicos o camareros. ¿Qué te ha dicho Golding?

—¿Le conoces?

—Yo estaba por Nueva York, en el Broadway, cuando él era un mal pianista de *cabaret*. Era ya un presumido inaguantable, pero ya ves… Ha prosperado. Es alguien. Si has tenido la suerte que se fije en ti, hazme caso, Nina… Sid Golding nunca se fijaba en mujeres, si no poseían talento… Eso es lo extraño… ¿Qué habrá visto en ti…?

—¡Fuera, vieja chismosa!

Hilda Jagger dejó de escuchar, yéndose, aunque la imprecación de Nina Gioia no iba dirigida a ella.

CAPÍTULO VII

Le pareció a Diana Dean que habían transcurrido apenas unos minutos desde que se había ido Hilda Jagger, cuando oyó abrirse la puerta del palco.

Miró indignada a los dos hombres que entraban. Morenos, vistiendo rebuscadamente. El que iba delante, invitó:

—Andando, pequeña. Y sin gritar. Vas a venir con nosotros, porque el jefe quiere hablar contigo.

Tuvo que abalanzarse, porque la boca femenina anunciaba el inicio de un grito…

Diana Dean se encontró expertamente inmovilizada y enmudecida, llevada en vilo.

Un terror desconocido se apoderó de su espíritu, mientras a sacudidas, entre los dos raptores, bajaba una escalerilla.

Al salir a la callejuela posterior al teatro, fue más que introducida, lanzada al interior de un coche.

Se desmayó al ver la pistola que esgrimida por uno de sus dos raptores, la enfocaba con su negro ojo, mientras el coche arrancaba.

—Callando y no te pasará nada, bebé.

—Déjala, ya, Fred. La paloma ha perdido el sentido.

—Por si acaso, ponle el tapabocas.

Cuando Diana Dean empezó a recobrar la noción de lo que la rodeaba, chilló con aguda energía.

Pero no se oyó, y en cambio percibía el rumor del motor, y veía cómo los faros iluminaban los contornos del bosque que franqueaba la carretera.

¿A dónde la llevaban? Estaba sentada entre dos desconocidos. Al volante, otro desconocido.

Temblaba, y el que estaba a su izquierda, rezongó:

—¡No pase pena, bebé! Terminaremos pronto. El jefe no es mal elemento. Ya lo verá.

—Puedes quitarle la mordaza, Fred. No gritará.

—Llevo yo la faena, ¿no? Tú al volante. Si le quito el tapabocas, y se pone a chillar, nos compromete. Acuérdate la vez aquélla en Oakland, con la novia de Ferrari. ¿Qué pasó? Tuviste que romperle varios dientes antes que se callara. Estas nenas son impresionables.

—Fué una suerte que al salir del cine se metieran en el «Gaiety» de Fosco. Se trabajaba fácil allí. Estoy pensando en la cara de cabra irritada que pondrá la Jagger cuando regresando al palco, no encuentre a este pimpollo. ¿Qué buscarían por allí?

—El jefe lo sabrá.

Diana Dean empezó a rezar mentalmente para que el «jefe» fuera alguien más humano que aquellos tres individuos.

* * *

Hilda Jagger volvió a salir del palco. Se aproximó a un camarero que dormitaba sentado en taburete, junto a la escalera de descenso al vestíbulo.

—¡Eh!

Bruscamente arrancado a su modorra, el camarero recuperó el equilibrio.

—¿No le dejó ningún recado la señorita que venía conmigo?

—No me dejó recado, no…

Encogiéndose de hombros, Hilda Jagger pensó que tal vez estaría Diana en el coche, aburrida ya de las vulgaridades que se desarrollaban en el escenario.

Pero al poner la llave de contacto, empezó a inquietarse. Después, ya en su casa, se tranquilizó. Diana Dean podía haber reconocido a un admirador, y tras diez días de permanencia en la Agencia Jagger tenía derecho a ver amanecer en agradable «flirt».

* * *

Diana Dean respiró ansiosamente, cuando le quitaron el pañuelo. Permaneció sentada en el confortable sillón de aquella sala

amueblada rústicamente.

En pleno campo, un chalet cuyas blancas paredes destacaban mucho en la noche.

Los dos que la habían forzado a abandonar el palco, se habían retirado, dejándola allí.

Un individuo, muy elegante en su «*smoking*» entallado, que ponía de relieve la anchura de sus hombros, la estaba mirando sin impertinencia, amables los negros ojos.

Permanecía en pie, reclinado contra un estante de biblioteca.

Pensó Diana Dean que no le era desconocido aquel elegante a quien, al dejarla en el sillón, habían saludado los dos acompañantes, diciendo:

—Ya está, jefe.

—Limpio todo, jefe.

Hugo Lulli repiqueteó con un cigarrillo sobre la tapa dorada de su pitillera. Encendió, y con la primera bocanada de humo, habló por vez primera:

—Al menos eres discreta. Una cualidad que puede valerte mucho.

Diana Dean había llegado a una conclusión que le parecía extremadamente ridícula; un enamorado que había pagado para que la raptaran.

Trató de demostrar serenidad.

—¿Puedo saber por qué me tutea usted, y con qué derecho ha enviado a tres rufianes…?

La risita de Hugo Lulli era convulsiva. Movía los labios y su garganta emitía ruidos, pero sus ojos seguían aviesamente amenazadores.

—No se reirá cuando la policía…

Hugo Lulli avanzó, y Diana Dean estimó urgente retreparse en el sillón, alzando los codos para protegerse.

La diestra que amagaba un bofetón, se mantuvo en alto…

—No repitas la actitud de orgullosa, porque no aguanto tonterías. Dándose el caso, que tan perdido estoy por uno, como por doce, poco me importa quitarte de en medio. Si los Jagger te están azuzando, no se saldrán con la suya. Me pescaron una vez, pero no repetirán la faena. Tú eres nueva. ¿Como te llamas?

Encendidas las mejillas, ella contestó dócilmente:

—Diana Dean.

—¿Qué tiempo llevas con los Jagger?

—Diez días.

—¿Me buscabais en el «Italian Gaiety»?

—No… Era la noche de permiso y Hilda…

—¡Maldita bruja! No desconfié de ella y pudo largarme el paraguazo…

—¡Usted es… es Hugo Lulli! —exclamó ella, entrecortadamente.

El pistolero evadido, arqueó una ceja. Dijo por fin:

—Pareces sincera. ¿No sabías que yo era Lulli?

—Vi sus fotografías… Y Hilda mencionó lo del paraguas, pero no estábamos en el «Gaiety» para, buscarle…

—Presta mucha atención, Diana. A mí tanto me da que mueras como que vivas. Eso es una verdad que debes incrustarte en el cerebro. Tanto me da que te saquen acribillada, como que salgas por tus propios pies.

—Sí. Lo creo… —susurró ella convencidísima.

—Esta noche, os vi salir de la agencia. Estuve pensando que acribillar a la mujer de Harold, no bastaba. Me hicieron perder tiempo y dinero. Ahora, tengo muchos sabuesos buscándome, pero antes he de terminar un negocio. Tú puedes volver, y contarles a los Jagger que me has visto. No durarás horas… En cambio, si te dejas convencer, puedes ganar unos billetes, y quedarte con la fortuna de tu vida. Intenta comprenderme.

—Lo intento.

—Puedes ahora fingir que me haces caso, y después, creerte a salvo. Te arrepentirás en el Limbo, carita de ángel. ¿Por qué crees que en vez de traerme a Hilda Jagger, mis muchachos te han traído a ti?

—No sé. Yo…

—Podrás volver a la ciudad. Inventa cualquier historieta. Ya me ha dicho Fred que te sacaron sin que nadie se diera cuenta, y que la bruja Hilda, estaba abajo huroneando. Puedes volver a la ciudad, y decir que te fuiste a dar un paseo. ¿Cuánto te pagan los Jagger? Una miseria… y te quedarás sin empleo mañana a más tardar. Conmigo, puedes ganar unos billetes, y seguir viviendo.

—Quiero seguir viviendo.

—No lo dudo. Y estás pensando llevarme a buenas, y después

correr al primer puesto de policía. No llegarías… Te seguirá y no lo verás, uno de mis muchachos, un especialista.

—Yo no tengo por qué ir a la policía.

—Pero cuando te veas ante los Jagger, te sentirás protegida. Un gran error, carita de ángel. Morirás con los Jagger, si no me haces caso.

—¿Qué… tengo que hacer?

—Volver como si nada hubiera pasado, y mañana a las diez en punto, telefonear desde un sitio que te indicaré. Dices que me acabas de ver a mí, con tres acompañantes, en el mismo sitio desde donde telefonearás. Acudirán los Jagger y arreglaré cuentas con ellos. Tú vivirás. Y tendrás un par de miles en el bolso. Si a las diez no has venido al bar que te indicaré, o pretendes ser lista, creyendo que los Jagger estando, yo alerta, me pueden, vete a que te tomen la medida del ataúd.

—Quiero ganar dos mil… y vivir. No miento…

—Tú misma irás pensando lo que más te conviene. La policía me busca, y ya he recogido lo que me interesaba. Me queda soló arreglar mi cuenta con los Jagger, que me llevaron a Alcatraz. Escapé anteayer cuando me trasladaban al Tribunal. Tengo ya lista mi marcha, para mañana noche. Si a las diez, mañana por la mañana, fallas, donde te escondas te acribillaré. ¿Está claro? Es un negocio único para ti.

—Si no he comprendido mal, usted piensa que los Jagger confiando en mí, acudirán cuando les llame por teléfono, a las diez de la mañana.

—Diste, en diana.

—Yo… si ellos se dan cuenta… tengo miedo…

—Vamos. ¡Éste es el anticipo!

Hugo Lulli con presteza enrolló algo crujiente en rededor de un objeto ovalado, diminuto. Lo tiró sobre el regazo de Diana Dean, que reconoció un billete de mil envolviendo una bala.

—Creo que eres lista, Diana. Mañana puedes ganarte cuatro más de papel, o de plomo. Y ahora, Fred volverá a dejarte cerca de la ciudad. Mañana a las diez menos cinco, estarás en el kiosko de periódicos del cruce de San Nicholas con la Tercera. Un taxi te recogerá. El resto, ya lo sabes… Cinco de mil, o cuatro plomos más.

Diana Dean asintió.

Abandonó Lulli la sala, donde al cabo de cinco minutos entró el individuo moreno que «dirigía la faena».

—Cuando quiera usted, Diana.

Ella se puso en pie, siguiendo los pasos del que por un corredor lateral, llegó al garaje.

Se sentó ella junto al volante. Fred Martiani, abrió la puerta, y regresando, dijo:

—Dejamos este caserón, que ya ha servido bastante.

Maniobró, abandonando el garaje, y un faro iluminó la doble hilera de encinas por entre las que aumentó la velocidad del coche.

—Parece que el jefe está contento con usted, Diana. Me ha dicho que si le interesa ganar dinero a montones, mañana por la noche, mejor dicho, esta noche, podría venir con nosotros. Nos iremos a las Antillas. Hay trabajo bueno, en salas de juego. Usted tiene el tipo ideal para «gancho». Ganará más y con menos riesgo que metiéndose a policía aficionada.

—Puede que sí, pero ahora estoy aturdida, Fred.

—Es natural, nena. ¿Tienes familia por la ciudad?

—No. Los míos residen en Ohio.

—Mejor que mejor. Te advierto que con el jefe ganarías montones.

—Creo que sí, Fred —y rió ella al igual que hacía en su papel de ingenua perversa de «Desconfiad de las adolescentes»—. ¡Eh, por favor!… Es pronto para libertades, o tendré que decírselo al jefe…

Las dos manos de nuevo en el volante, rió Fred Martiani.

—Eres un hallazgo desde todos los puntos que se te mire. Hazlo todo tal como te ha aleccionado el jefe, y has hecho fortuna. Te dejaré apenas crucemos el puente.

Y cuando desde la cuneta ella agitó la mano, y sonriente, viraba Fred Martiani, éste quedaba convencido de las dotes convincentes del billete de mil envuelto en una bala.

Capítulo VIII

—¿Duermes, Hilda?

—Dormía.

—Tengo que contarte…

—Mañana, querida, mañana. ¿Era tan arrebatador que me despiertas para contarme el arrullo al compás de la brisa?… Va a venir de un momento a otro Harold… Y tú debes estar en tu cama.

—Tengo que hablar con todos los Jagger.

—A las ocho en punto, salvo bajas, los Jagger desayunan en franca armonía. ¿Ves?… Ya llegan los Jagger.

—¡Debes impedir que se acuesten, Hilda!

Sentándose en la cama, jugando con sus trenzas, Hilda Jagger parpadeó:

—Estás excitadísima, Diana. ¿Cómo voy a impedir que los Jagger se acuesten sí son ya… las dos de la madrugada?

Corrió Diana Dean hacia el pasillo, tropezando con Harold Jagger.

—¡Han de oírme! ¡Es urgente!…

Irvin y Jay volvieron a salir de la alcoba que compartían. El Mayor Clemens, atusándose el bigote, rezongó:

—¿Quieres una aspirina, Diana?

—¡Me dió mil dólares y una bala! Mañana, mejor dicho, hoy, todos muertos… Yo sólo iba a salvarme, dijo. Y me daría cuatro mil más, o me acribillaría…

—¡Silencio! —tronituró el Mayor—. ¡Jay! Tú trajiste a esta señorita sonámbula…

—¡Hugo Lulli! Me raptó… No me miren así… ¡Hilda! Diles que ya no me encontraste en el palco…

Quince minutos después, decretaba el Mayor:

—A dormir, Diana. Mañana mientras desayunemos, seguirá la controversia. Acompaña a Diana, Hilda.

En el despacho del Mayor, dijo Irvin:

—Esta nena vale mucho. Pudo callarse, por miedo o ganas de enriquecerse, y ya está visto. ¿Qué te pasa tú?

Jay Jagger replicó, cesando en sus paseos:

—A las diez menos cinco, un taxi. Y la llevan a un bar, desde donde telefoneará. Podríamos atrapar a Lulli, pero ella no se salvaría.

—Que se escarbe las meninges el Mayor, ¿no? Se trata de pescar a Lulli, sin que le hagan pupa a Diana… ¡Oye, Jay! ¿Vienes conmigo?

Irvin Jagger fue a un armario, de donde cogió unos tirantes, modelo especial. Se quitó la americana, y cuando bajo cada sobaco asomaba en su funda una culata, le dijo el Mayor:

—Tu renombrada idiotez me produce siempre pasmo, Irvin. ¿Es que crees que Lulli te esperará en el chalet donde, llevaron a Diana? Eres…

—Soy su sobrino y me avergüenza, pero no tuve la culpa, viejo choto. ¿Vienes o no, Jay?

—Dile primero al tío Clem, lo que se te ha ocurrido.

—Creyeron que Hilda husmeaba en el «Italian Gaiety» ¿no? Podemos ir al «Italian Gaiety», ¿no?

—Vamos —asintió Jay Jagger.

—Id.

Y apenas los vio salir, el Mayor Clemens Jagger descolgó el teléfono.

Un pistolero como Lulli, fugado, podía poner al borde de la quiebra la Agencia Jagger.

Y personalmente, les tenía un excesivo cariño a Irvin y Jay, los dos elementos activos.

—… Deme comunicación con el capitán Mallory —pidió—. Referente a Hugo Lulli.

Cuando Irvin y Jay Jagger aparcaban el coche, un policía se aproximó.

—¿Pasa algo, guardia? —interrogó Irvin Jagger.

Miró el agente la licencia, y dijo:

—Prohibido el paso, amigos. Zona cercada. Hemos cogido a

cuatro pájaros.

—¡Maldita sea, hombre! ¿Qué plumaje tenían los pájaros?

—Venían hacia el callejón, cuando les dió el alto la pareja de ronda. Tirotearon… pero Hugo Lulli y sus tres cómplices, nunca más apretarán un gatillo.

Virando, Irvin Jagger refunfuñó:

—Una pareja de ronda… ¡Valiente, par de entrometidos! ¿Ves tú? Los hubiéramos cazado nosotros… ¿Por qué pones esa cara de canelo durmiendo sobre un jamón?

—Diana Dean no tendrá que arriesgarse.

—Esta vez, no, pero si te crees que el viejo choto la paga para conservártela entre algodón… En fin, a dormir.

En el garaje, preguntó Irvin:

—¿Estás enamorado, de la nena, Jay?

—Casi, casi.

—¡Vaya! Otro más que se pasa al gremio. Y después dirás como Harold: «El día más feliz de mi vida fué cuando conocí a Hilda». Pero no añade, que era el día más feliz de su vida, porque aun continuaba soltero.

* * *

Sidney Golding, doblando el periódico, miró a la que acababa de entrar.

—Buenas tardes, señor Golding.

—¿Qué modisto la viste, Nina?

—Una señora de…

—Será muy señora, pero desconoce la rudimentaria verdad. No es ciñéndose la tela, como avalora usted su cuerpo, sino con el «flu» sabio… Puede reírse. Los genios estamos por encima de la estulticia.

—Es que usted me pone toda nerviosa, ¿sabe?

—Coja aquel libreto, y figúrese que está en escena. Abra la página numerada veintiocho, y lea… Es usted Susan, la pasión. Y está frente a un artista, a un compositor sentimental…

* * *

Glen Anderson hizo correr los dedos por el teclado, y apoyada en el negro ébano, Muriel Landis recitó suavemente:

«No puede truncarse nuestra armonía, Rod. Quizás alentarán disonancias, pero recuperarás tu dominio, y siempre volverás a mí, porque…».

Glen Anderson pegó con las manos abiertas sobre el teclado.

—¡No, no, Muriel! Llevamos ya dos semanas, ensayando privadamente. Has tenido tiempo sobrado de oír a Silvia… Tiembla la voz, pero no el cuerpo. Te estremeces como una gatita pidiendo mimo. ¡No es así, no es así! Fíjate en Silvia… Mientras yo aparto la vista del piano, para mirarla, ella inclina lentamente la cabeza. Estamos de acuerdo. Pero tú, adelantas el busto… ¡No es así!

—Te quiero mucho, Glen, muchísimo. Por ti, soy capaz de todo, pero no me cites tanto a Silvia. Antes de ser la que es, fué también una aprendiza. Has de tener más paciencia…

—Perdona. Empecemos de nuevo. En la escena octava…

—Estoy cansada. ¿Le has dicho ya a Silvia, lo que hemos acordado?

—Anoche.

—Debió ponerse furiosa.

—No, no… Lo tomó con calma.

—¿Y Sid?

—Sonrió. Sólo eso. Sonrió.

—¿Creen que soy incapaz de sustituir a Silvia?

—Lo demostrarás. Estoy seguro, mi vida.

—¿Les dijiste que mañana, Silvia por indisposición, no actuará? ¡Yo quiero representar su papel! ¡Que el público y la crítica decidan!

—Sin acalorarte, Muriel. ¿Por qué no damos un paseo? Es una ocasión magnífica para estrenar tú «De Soto». Yo iré a recoger unos figurines, y nos encontraremos en el «Roxy». Vete a sacar el «De Soto».

Capítulo IX

En la lividez del amanecer, chirriaron con estruendo los frenos del camión, al detenerse ante la caseta de la policía del tráfico, en el cruce de la carretera sur con la playera de Santa Mónica.

El transportista de pescado, que tenía prisa, gritó:

—¡Un coche despeñado, en el Roquedal del Albatros! No le vimos caer. Fue Johnny quien lo vio. ¿Podemos seguir? Tenemos que estar a las…

—Cuando paséis de nuevo, parad por si os necesitamos. Gracias, muchachos.

Partió embalado el camión, y en sentido contrario, los dos motoristas, mientras en la caseta otro telefoneaba al servicio de urgencia.

El Roquedal del Albatros se abismaba unos cien metros, a pico sobre los peñascos lamidos por el mar.

Uno de los motoristas, al afianzar su máquina, dijo:

—Saltó por ahí, al salir de la curva. Mira el poste.

Los dos bajaron por el serpenteante sendero, agarrándose a ramas, raíces, y todo cuanto les ofrecía asidero.

Achatado, casi empotrado en la roca, el coche siniestrado había esparcido en rededor pedazos…

—Por milagro no prendió fuego. Un coche nuevito, Sam.

—La pobre está destrozada. Debió despeñarse después de las tres; porque el turno a esta hora, pasó por aquí, y no señalaron novedad.

El otro agente apuntando en su libreta, iba diciendo en voz alta:

—«De Soto», Los Angeles, patente a nombre de Muriel Anderson…

* * *

El teniente Jesse Stevens repitió su llamada. Por fin, le abrieron la puerta.

Glen Anderson bostezando, acabó de ajustarse el batín.

—Buenos días, señor Anderson. Lamento despertarle tan pronto. Es a causa de su esposa…

—¿Muriel? Está durmiendo.

—¿Sí? Compruébelo, ¿quiere? ¿No duermen juntos?

—Tenemos alcoba separada. Es el piso de Muriel. Lo tenía ya de soltera… ¡Muriel!

—¿No vino con usted anoche?

—Salgo del teatro hacia la una… ¡Muriel, Muriel!

—Cálmese. Ha ocurrido un accidente lamentable. Debe contestarme con claridad, y no molestarse por mis preguntas, señor Anderson. ¿A qué hora dejó usted a su esposa está madrugada?

—¿Dónde está Muriel? ¡Quiero verla! ¡Exijo que…!

—Por favor. Cálmese. Estamos dilucidando si fué accidente, como todo hace suponer, y apenas termine mi interrogatorio, podrá ver a su esposa.

Derrumbándose en un sillón, cubierto el rostro con las manos, Glen Anderson sollozó convulsivamente.

Jesse Stevens reiteró:

—¿A qué hora vio usted por última vez a su esposa?

—Al volver del teatro, estuvimos ensayando. Yo tenía que recoger unos figurines, y ella me llevó en el «De Soto»… que había comprado ayer…, Quedamos citados en el «Roxy». Ella quería probar su coche. Estaba muy ilusionada. La esperé hasta, las tres.

—¿Cierra a las tres el «Roxy»?

—A las dos. Esperé paseando y regresé aquí.

—¿No le extrañó?

—Pensé que Muriel, entusiasmándose, llegó demasiado lejos, y por esto no acudió a recogerme como habíamos quedado. Me acosté. Y ahora…

—¿Es cierto que su esposa y la señorita Silvia Willard se tenían mutua enemistad?

—Pequeñas rencillas del mundo artístico… ¡Pobre Muriel, pobre Muriel!

—Puede vestirse, señor Anderson. Ha de reconocer el cadáver. Espero fuera.

En el corredor, el sargento murmuró:

—No tiene coartada, señor. Dice que estuvo paseando de dos a tres.

—Tendría coartada, si hubiera matado. Ya sé que es un buen, actor, pero se casó enamoradísimo, y estaba como quien dice en plena luna de miel. Además, ya oyó lo que dice el viejo Troy Dowell.

* * *

El viejo ex actor, miró furtivamente a Sid Holding, y después a Silvia Willard.

En su despacho, el adjunto fiscal repitió:

—Estamos en las diligencias previas, para determinar el accidente. Hable sin temor, Dowell. Usted le dijo al teniente Stevens, que Muriel Anderson hizo saber que pronto sustituiría a la señorita Willard. ¿Hay más testigos?

—Cualquiera de la compañía oía a Muriel repetir que pronto Glen y ella serían la pareja primera… mal le pesara a nadie. Lo siento, Sid.

Sidney Golding arqueó las cejas, mientras repicaba en sus dientes con un índice, en acción de reprimir un bostezo.

—No tienes que decir más que lo que oyes y sabes, Troy. El señor abogado debe demostrar que no hay intervención ajena en la muerte por accidente de Muriel Landis. Dios nos perdone a todos, señor abogado, pero desde un punto de vista artístico, aunque inhumano, considero altamente beneficiosa la accidental muerte de Muriel Landis.

—Una declaración peligrosa, señor Golding. Mi secretario ha tomado nota.

—Lamento darle tanto trabajo, señor secretario, pero puede usted añadir más. La ley no ha codificado el asesinato mental, porque de lo contrario las cárceles no darían abasto. He matado a Muriel Landis una docena de veces cada noche…

—Estábamos especificando los motivos que podía tener la señorita Willard, para beneficiarse con la muerte de Muriel

Anderson. Después nos deleitará con su aticismo, señor Golding.

Silvia Willard habló reposadamente:

—Digo como Sid: posiblemente yo hubiera asesinado a Muriel, si ella hubiese intentado destrozar nuestra obra. Es cierto que peleábamos frecuentemente de modo verbal. Deploro que haya muerto, porque era una mujer joven y bonita, feliz con su marido al que adoraba. Y deploro no poder dar otra coartada que la ya indicada antes. A las dos aproximadamente, con mi mascarilla de barro me introduje entre las sábanas. Me ha despertado a las ocho una doncella, empleando la llave maestra. Soy soltera, y de buenas costumbres. Es un inconveniente. Duermo sola. No tengo marido ni amante que pueda ofrecerme su coartada.

—Es una investigación que nos ha de llevar a demostrar la tesis de muerte por accidente. En el lugar donde fué hallado el coche y el cadáver, la reconstrucción conduce, a la conclusión de accidente, aunque con nervios a toda prueba, una persona pudo saltar del coche, después de desviar el volante, que llevaba Muriel Anderson. Por esta misma razón, en el expediente figurarán las personas a quienes beneficia de un modo u otro la muerte de Muriel Anderson.

—Apúnteme el primero —intervino Sidney Golding—. Yo también duermo solo, porque soy soltero y de buenas costumbres. ¿Ves, Silvia? Si estuviéramos casados, ahora no iríamos a la cárcel.

—Su humorismo lo considero desplazado. Ha muerto una mujer, una compañera de ustedes…

—¡Nunca tuvo el menor compañerismo! Quería arruinar la obra, y había convencido a Glen para que éste le diera mi papel.

—Una sinceridad la suya, señorita Willard, que casi es atenuante. De costumbre, son más comedidos en sus declaraciones los testigos. Realmente, hay como un maleficio en su obra, señor Golding. El suicidio de Forrest Barnett, ahora la muerte de Muriel Anderson…

—Los albañiles pueden caerse del andamio, sin que el contratista sea culpable. Me agradaría recuperar las horas perdidas de sueño, señor abogado.

—Les entregarán la copia mecanografiada de lo que acaba de tomar taquigráficamente mi secretario. Pueden retirarse. Le presento mis excusas, señorita Willard, ya que no puedo presentarle mis condolencias ni compartir su inexistente aflicción.

En su coche, conduciendo, dijo Sidney Golding:

—Un epílogo glorioso en su fúnebre color, Silvia.

Ella miró por el espejo retrovisor:

—Sid…

—Sí, querida. Yo he matado a Muriel…

—¡No!… ¡No debiste confesármelo!

—Un asesinato artístico. Todas las madrugadas, al cerrar los ojos y disponerme a dormir, rogaba al diablo. No le pedía la muerte de Muriel. Me limitaba a desearle una desfiguración, o una tartamudez crónica. El diablo se superó.

—Nunca sabré contigo cuándo hablas en serio.

—Acepta casarte conmigo, y me convertiré en…

—No, Sid. Te aprecio, pero no te amo.

—Mientras sigas soltera y sin amor, me resignaré.

—Puedo casarme…

—Creo que no lo resistiría. Para mí, eres la perfección, y si otro no posee tu armonía, seguiré viviendo. ¿Te dejo, dónde?

—Creo que… he de dar el pésame a Glen.

—Felicítalo de mi parte.

—Tu aparente cinismo te perjudica, Sid.

—La inerte masa mecánica de un coche, tuvo alma que se rebeló contra la que pensaba suplantarte, Silvia. Si nos beneficia la desaparición de Muriel, ¿por qué hemos de lamentarla?

—No se lo digas a Glen. La adoraba.

—Con sus sentidos. Se le pasará. Y será un actor… mientras no vuelva a enamorarse de otra Muriel.

Bajó ella del coche, y poco después llamaba desde un teléfono al piso de Glen. Sólo a las once, consiguió comunicar con él.

—… Ha debido ser muy triste para ti, Glen. Por ti, lo siento, de veras, Glen.

—… Esta noche no tendré fuerzas para actuar. Díselo a Sid…

—… No tendrá inconveniente en suspender la función. Tendremos que buscar una sustituta para…

Colgaron al otro lado. Silvia Willard comprendió que hasta el día siguiente no estaría Glen Anderson en condiciones de acomodarse a la corriente exigencia de la vida de actor.

CAPÍTULO X

Nina Gioia vibró en todo, su hermoso cuerpo, al terminar el párrafo donde culminaba su arrebato.

—Pasable, Nina. Creo que estás ya en condiciones, para mañana debutar.

—¡Oh, Sid, oh, Sid! —bisbiseó ella, jubilosa.

—Ensayo general por la tarde, mañana. Te sabes perfectamente, tu papel. Quiero hacerte una advertencia. ¿Has visto actuar a Glen Anderson?

—No. Yo vi a Barnett.

—Es muy bonito Glen.

—No me gustan los hombres bonitos. Prefiero los feos, algo maduros…

—No te canses, Nina. Soy y una nevera, porque desde muy pequeño me impuse una ley. Nunca me dejo seducir por mujeres que no estén como mínimo a un par de millas de mi campo de trabajo y reposo. Es el secreto de mi eterna juventud.

—Ibas a hacerme una advertencia.

—Si Glen se enamora de ti, volverás a la nada. Y si intentas enamorar a Glen, te despediré. He comprobado que los amores entre los componentes de una compañía, traen disgustos.

—Yo tengo ya… quien me quiera.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Ya… Pensabas que esto podía ser un obstáculo conmigo. Es precisamente una buena noticia. Pasa por esta dirección. Es mi figurinista. Te llevará al modisto, y si atiendes mis lecciones, puedes llegar a ser una actriz mediana. Mañana a las tres de la tarde, ensayo general.

Nina Gioia se fué y Sidney Golding sentándose al piano, tecleó distraídamente.

El ayuda de cámara tosió con mayor insistencia.

—Señor…

—Buenas tardes, señor Golding.

Giró lentamente el taburete y Golding miró al teniente Jesse Stevens.

—Buenas tardes, teniente. Puedes cerrar la puerta, Adams. ¿Un cigarro, una copa, cualquier otra cosa? ¿Está de servicio?

—¿La noche del dieciséis de este mes, señor Golding, puede decirme dónde se hallaba, hacia las doce y media de la noche?

—Era mi tercera noche de recorrido de los locales donde se exhiben bellezas con mucho «*glamour*», pero por lo general carentes de talento. La noche, del dieciséis pensé, que Nina Gioia podía muy bien sustituir a Muriel Landis.

—¿Reconoce entonces que ya buscaba una sustituta?



—¡Un choche despeñado!

—Estudiemos todas las posibilidades por las que es necesario una doble. La primera y más rotunda es que apenas desencadenase la crisis Muriel, yo estaba dispuesto a continuar la obra, sin ella. Por eso he preparado a Nina Gioia.

—¿Tenía sustituto para Glen Anderson?

—No hacía falta. Antes que hombre, es actor.

—Podía no conformarse…

—Entonces, habría planeado una muerte científica para Muriel, que me permitiera rehuir la responsabilidad legal.

—Estamos indagando, señor Golding. Se asombraría usted, si supiera de qué modo más inesperado, surge la prueba. Alguien que nos ve… Un indicio insólito, cualquier detalle, y el asesino más inteligente es descubierto.

—Me conforta saber que cuando me maten, usted encontrará al autor. Por mí, que lo condecoren. Escuche, teniente. Por más que indague, no me encontrarán fuera de mi piso, entre las dos y ocho de la última madrugada.

—Su ayuda de cámara no puede certificarlo.

—Porque a partir de las dos se va a su pocilga. Soy muy sensible, y no soporto en mi alrededor a nadie, cuando quiero dormir. ¿No han demostrado, ya que es un accidente?

—Estamos agotando todas las indagaciones, hasta que dentro de ocho días, sea dado el veredicto de «accidente», o «asesinato premeditado». Cuando se suicidó Barnett, también tuvimos que interrogar. Por cierto, señor Golding…

Recorrió Stevens en ojeada una libreta.

—¿Cuántas acciones tiene usted en la capitalización de la compañía?

—El cincuenta y un por cien. La mayoría, El resto pertenece a Thomas Harlock, que en Nueva York, capitalizó en su origen.

—La noche en que se suicidó Barnett, en el camerino, aludió, a las diez acciones propiedad de la señorita Willard.

—Sí. Confiaba en que Silvia al día siguiente se las entregara, con lo que perdía yo mi mayoría.

—Fué pues también un suicidio muy oportuno.

—¿Se suicidó Muriel?

—Hablamos de Barnett.

—Oí al magistrado sentenciar como suicidio la muerte de Barnett.

—Por esto ahora, indago con el máximo esfuerzo, porque es la segunda muerte en su compañía, que le favorece, señor Golding.

—No heredo. ¿Por qué no detiene a todos los que heredan? Se benefician también.

—Su aplomo puede tener su base en la inocencia, señor Golding.

O en la confianza equivocada al supervalorar su propia inteligencia.

—Señor teniente. Podré equivocarme raramente al valorar algo. Pero si hay algo infalible es que no supervalore la realidad de lo axiomático: mi gran inteligencia. ¿Quiere otro axioma?

—¿Por qué no?

—Si algún día pongo mi elevada mente al servicio del crimen, sólo el cadáver podrá descubrirme como su asesino.

—Éste es mi temor… —sonrió agriamente Stevens—. De todos modos, señor Golding, espero que no tenga un mal concepto de las pobres mentalidades policíacas.

—Mi querido teniente… Usted, hace lo que puede, y no se lo recrimino. Lo que ocurre, es que no puede demostrarme lo inexistente. Yo no maté a nadie efectivamente, basta el momento actual.

—Buenas tardes, señor Golding.

Sidney Golding dió media vuelta, y aplicó las manos en el teclado.

Diez minutos después, el teniente Stevens se reunía en un bar, con Diana Dean y Jay Jagger.

—Agradezco su cooperación, Diana, pero me temo que en el fondo no hay más que chismes de entre bastidores. Barnett se suicidó, y Muriel conducía mal. Eso es todo. De todos modos, si se le ocurre alguna idea, comuníquemela. Y no se reproche ser malpensada, Diana. Lo que pasa, es que cuando muere alguien, nos salen demasiados presuntos asesinos.

Jesse Stevens apuntó con su índice hacia Diana Dean.

—Usted, misma —le espetó.

—¡Caramba, Stevens! —protestó Jay Jagger.

—Muriel y Diana eran compañeras, pero no amigas. ¿Lo digo, o me lo callo, Diana?

—Yo te lo expliqué, Jay, la primera noche. Muriel me birló… Perdona, pero Irvin me contagia su léxico. Muriel no descansó hasta quitarme dos novios, que después quisieron volver a reanudar conmigo. No quise. Pero, escuche, teniente…

—Ya sé, ya sé… Usted no despeñó el coche. Adiós.

Al cabo de un instante, solos, dijo ella:

—Jay… ¿Cuál es la prueba fuerte del suicidio de Barnett?

—La carta que dejó escrita. Los peritos caligráficos la

reconocieron unánimes, como de puño y letra de Barnett.

—Le he dado muchas vueltas a esta carta en mi imaginación.

—No le des más vueltas. También yo cuando empecé a sentirme detective, me armaba unas confusiones tremendas. Esta tarde es nuestra por entero. ¿Unos paseítos al son de la música?

—Bailas muy mal, Jay.

—Por eso mismo. Quiero mejorar.

—Mejoremos pues.

Olvidó Diana Dean la carta del suicida.

CAPÍTULO XI

Por tres veces consecutivas se alzó el telón. Una propaganda experta, atraía a muchos espectadores que volvían a ver «Rapsodia de Crímenes».

Algunos tratando de imaginar cuál sería el próximo personaje en que la fatalidad se cebaría.

Muchos para admirar la «llama viva» que era Nina Gioia, el descubrimiento sensacional de Sidney Golding.

En su camerino, Glen Anderson tenía poco trabajo en desmaquillarse. Había ya recuperado, al parecer, su normal carácter, después de muchas noches de melancolía.

Sidney Golding entró en el camerino.

—¿Te vas ya, Glen?

—Me iba.

—¿Es cierto lo que me dijeron esta tarde?

—No sé si lo es. Hay mucho chisme por el mundo.

—A las dos de la madrugada te vieron en el «Roxy».

—Tomando mi tónico.

—En grata compañía.

—Lo es.

—¿Puedo inmiscuirme?

—Somos intelectuales y no violentos primitivos.

—Te vieron besar la mano de tu acompañante.

—Suele ser la costumbre cuando un hombre se declara dispuesto a casarse.

—Eras un viudo inconsolable hasta hace poco.

—Por suerte, cada año florece la primavera.

—¡Frases, no, te lo ruego, Glen! Yo vivo de ellas. ¿Es que… ella acepta casarse contigo?

—Sí. Dentro de siete días. Ella ha decidido que sea en la capilla irlandesa.

—Piénsalo bien, Glen.

—Más que pensado. En tu obra ya lo dices: «Primer amor, es un arpegio fugaz de violines sentimentales. Segundo amor, un cohete brillante, que nos incendia la sangre, y se apaga dejando estela de negro humo sucio»…

—Muriel.

—Paz a sus cenizas.

—«Tercer amor» —recitó, entornados los párpados el autor—. «La que purifica nuestros sentidos, porque nos da la pasión con aroma de alma. La esposa comprensiva, sumisa, cuyas manos borran de nuestra frente…». ¡No, Glen! ¡No te casarás con Silvia!

—Pero, Sid. No sabía que eras capaz de arranques semejantes. ¿Por qué no he de casarme con Silvia, si ella me ama?

—Yo descubrí a Silvia. Hace cuatro años… La modelé con el arrobo del escultor. La he convertido en la que es. No toleraré que la mancilles.

—¡Sid! Estás borracho… Tienes los ojos febriles. Y por lo que más quieras, no vuelvas a sacudirme los hombros. Me molestaría pelear contigo.

—Perdona… Tienes razón. Estoy borracho…

—Ya me figuraba yo… ¿Te llevo a tu casa?

—Ella te espera.

—No. Esta madrugada no. Ha venido su modisto, muy enojado, porque la estuvo esperando tres tardes consecutivas. Comprenderás que la propaganda…

Sidney Golding parecía realmente borracho, porque en el corredor entre camerinos, tuvo que apoyarse varias veces en la pared.

Pero era el mismo de siempre cuando entró en el camerino donde el modisto juntaba las manos en adoración ante su propia creación, modelando el esbelto y armonioso cuerpo de Silvia Willard.

El modisto bisbiseó con fervor:

—«Nuit andalouse», señor Golding. Un esteta como usted puede apreciar el cálido granate, la suave ondulación… ¡Exquisito, insuperable, señorita Silvia!

—¿Te gusta, Sid? —preguntó ella.

—Insuperable.

Pasó ella tras el biombo, y el modisto anunció, mientras su primera oficiala se disponía a mudar el vestido de la actriz:

—Ahora, el modelo excepcional, la sorpresa que he jurado mantener secreta…

Invisible, dijo Silvia Willard:

—Lo probaré mañana, Gérard. ¡Mañana! Sin falta, a las dos en el hotel. Buenas noches, Gérard.

Modisto y oficiala se retiraron, llevándose ella una Caja de poco peso, pero gran volumen.

Silvia Willard reapareció vestida de calle y tendió Golding el abrigo ligero.

Mientras ella introducía los brazos en las mangas, dijo:

—Tenemos que hablar, Sid.

—Lo celebro. ¿Aquí mismo?

—Mejor en mi hotel. O si lo prefieres en tu piso.

—Un hotel es impersonal, ruidoso…

—Tu piso, pues.

Durante el trayecto, ella guardó silencio y Golding parecía sólo atento a conducid.

En el salón-estudio, habiéndose ya ido el ayuda de cámara, Sidney Golding enchufó la batidora.

—Nata, fresa y naranja, ¿no es tu preferido, Silvia?

—Gracias. No sé cómo empezar…

—Sólo los escritores pueden permitirse la libertad de empezar por el último capítulo.

—Lo es, en mi vida… Desde que Glen apareció… comprendí que sentía hacia él una atracción extraña. No ignoro que tengo nueve años más…

—Un pato puede ser grotesco, pero el cisne no tiene edad, mientras se desliza sobre el plácido lago. ¿Es plácido tu amor hacia Glen?

—No es turbio. Es todo bondad, candor…

—¡Disiento! Puedo admitir que todos me consideren un bicho maldiciente y cínico, pero tú no… Sabes que te estoy hablando con el alma. Glen es un gran actor. Tiene la faz de un helenismo engañoso. Pero… ¡no olvides que se enamoró de Muriel!

—Un error.

—Reincidirá con una Nina Gioia, si se tercia.

—¡No! Es a mí a quien quiere.

—Perdona, pero se casó primero con Muriel.

—Es doloroso, Sidney, pero no eres imparcial.

—¿Porque te amo como nadie podrá amarte? ¿Porque llevo noches y noches pensando en ti, con una pureza que nunca mi alma exteriorizó?

—Frases, Sid —rebatió ella, sonriente, pero trémula.

—¡Frases! ¡Mírame!

Era patético, en su grotesca sinceridad. Pero ella murmuró:

—Eres un gran actor, Sid. Te vi llorar muchas veces, cuando aleccionabas a Forrest. Tu temor de perder la pareja ideal, es injustificado. Glen y yo, casados, seguiremos… aún mejor.

—Hasta que… venga otra Muriel. Si Glen fuera tan puro, tan sentimental, nunca habría siquiera rozado a Muriel.

—El viernes nos casaremos, Sid. Tú serás mi padrino de boda. Eres mi mejor amigo, mi maestro, y yo… siempre te tendré gratitud.

—¡No quiero tu gratitud! ¡No quiero que…!

—Me voy, Sid. Es ya tarde. ¿Me das un beso amistoso de enhorabuena?

—Si mis pecadores labios rozan alguna vez tu piel, exigiré más que amistad… Me resignaría con tu consentimiento, con dejar que me descubrieras cómo soy… para ti, solamente, Silvia.

—Sin darte cuenta construyes frases. Es tu oficio, Sid. Hasta mañana.

—Bien. Hasta mañana, Silvia.

CAPÍTULO XII

Nina Gioia desperezándose, cogió con rabia el teléfono que repiqueteaba incansable en su mesita de noche.

—… ¿Quién tiene la…?

—… ¡A callar, *ragazza*! Tienes media hora para venir a mi piso.

—… Hombre, Sid… No hay derecho.

Pero habían colgado, y treinta y cinco minutos después, Nina Gioia, se dejaba caer en un sillón, quejándose:

—Son las once apenas, Sid. Te tengo cariño, pero me sienta mal para el cutis, si no duermo ocho horas seguidas.

—De dos a once, van nueve, dice Esculapio.

—Dile a este amigo tuyo, que sabrá mucho de Aritmética, pero a mí, que me acosté a las cuatro… Es que resulta que mi novio se iba a Nuevo Méjico, porque es viajante de perfumería…

—Ahórrame tan execrables referencias. ¿Por qué no os habéis casado ya?

—Guido… Se llama Guido… dice que cuando reunamos veinte mil nos casaremos. Es un chico sensato. Quiere para mí, lo mejor.

—No lo pongo en duda. ¿Cuánto aporta?

—Tenemos ya en el Banco mil doscientos con setenta. Los setenta es porque dice Guido que trae suerte.

—Faltan dieciocho mil, setecientos noventa y nueve con treinta. Y no creo que Guido protestase si le jurases que en su ausencia te tocó la lotería en el hipódromo.

—No juego, y menos a eso tan complicado. Hay que acertar los cinco caballos ganadores, y encima gastarse diez dólares en un solo boleto.

—Yo tengo el boleto ganador.

—Si no hablas de modo que yo te entienda, Sid, nos va a llegar

la noche hablando.

—Tan pronto yo pueda sorprender a Glen Anderson de un modo que no deje lugar a dudas contigo, habrás ganado exactamente veinte mil dólares.

—Un momento, un momento —y Nina Gioia se pasó la mano por la garganta, como si quisiera hacer desaparecer un nudo—. ¿Veinte mil, dólares me darás si yo conquisto a Glen?

—Exacto.

—Verás, yo quiero mucho a Guido, pero siendo de mentirijillas puedo echarle fuego al asador… y conquistarme a Glen.

—Con talento. En el teatro, no. No debe enterarse Silvia, y nunca habrás de revelar este pacto.

—Voy viendo… Tú no quietes que Glen se case con Silvia.

—Quien te llamó tonta, es imbécil.

—Imbécil… —sonrió ella cariñosamente.

—Me lo merezco. No eres mala chica, Nina. Y si me aprecias, no me avergüenza confesarlo. Por todos los medios a mi alcance evitaré que Silvia se case…

—¿Cómo crees que puedo enfocar el castigo?

* * *

Glen Anderson pestañeó, al disponerse a salir de su piso.

—Tengo que consultarte, Glen. ¿Puedo pasar?

—No hay inconveniente.

—Es que deseo superarme, y hay una escena contigo, que siempre me falla. ¿Tienes piano?

—Sí.

—¿Te molesto, Glen?

—De ningún modo, Nina.

* * *

Tres días después, Nina Gioia con paso rabioso, entraba en el piso de Sidney Golding.

—¡Al agua mi boda con Guido este año! Es muy buen chico Glen. Ha sido amable, pero tajante. No, hay nada que hacer… y no

me equivoco, Sid. Hasta me vestí como Muriel… Fui insinuante sin descoco. ¡Lo siento, pero Glen está locamente enamorado de Silvia! No ve a otra… Tal vez después, dentro de unos meses, ya verá otras mujeres, pero ahora sólo la ve a ella. He hecho cuanto he podido, Sid.

—Buena chica, buena chica —murmuró Golding, como quien calma la inquietud de una yegua cariñosa.

—Seré todo lo buena que quieras, pero adiós mis veinte mil…

—Tal vez no. Pensaré otra cosa, y a lo mejor te necesito… o necesito a Guido. Por veinte mil dólares, Guido quizás se prestaría a una comedia.

—No es actor.

—Pero puede fingir sorprenderte con Glen y romperle a éste algún hueso… ¡Tengo que desilusionar a Silvia!

—Guido llega pasado mañana. ¿Le hablo?

—Espera a que te avise. ¿Qué es esto, Nina?

—Me hizo gracia. Estaba en una carpeta que tenía Glen sobre el piano. No me vio cogerla. Fíjate qué simpático… En vez de notas de música, ha dibujado palomitas… ¿Qué te ocurre, Sid? Ríes como un loco… ¡Sid!

—Querida Nina —susurró, entre borbotones de convulsiva carcajada, Sidney Golding—… Creo que ya no te necesitaré. Pero te has ganado un cheque. Modesto, pero colaboraré en la felicidad del vendedor de perfumes.

Ella miró por encima del hombro, y cuando hubo firmado Sidney Golding, exclamó:

—¡Cinco mil! ¡Sid, eres un sol!

Desprendióse Golding del abrazo. Dijo:

—Corre al Banco a comprobar si hay estos cinco mil. Le dices a Guido que fuiste al hipódromo. Lee el periódico y apunta los resultados, para no equivocarte.

—¡Eres tan simpático, Sid… que te deseo que Silvia…! ¡Bueno, por si acaso, galopo hacia el Banco!

* * *

Diana Dean se pasó la lengua por los labios, nerviosamente.

—Muy buenas tardes, Diana. ¿Le es permitido a un antiguo

conocido tuyo, charlar un instante contigo?

—Jay Jagger, el señor Sidney Golding, mi director…

—¿Jay Jagger? ¿No es la agencia de detectives que proporciona escolta a estrellas del cine preferentemente?

—A quien sea, señor Golding. Cuando se sienta usted amenazado, avísenos.

—Tal vez, tal vez… Estoy buscando asunto para una nueva obra, Diana. Tú conociste muy bien a Muriel… Presenciaste cómo se enamoró de Glen.

—No.

—Les dejo un instante —dijo Jay Jagger—. Estarán más cómodos, por si…

—Quédese, joven Argos. No le insulto. ¿Es cierto que Glen, antes de conocer a Muriel, había ya conocido a Silvia?

—Eso me dijo Muriel. Y no me extrañó que después le quitase el novio a Silvia, si es que Glen lo fue…

—Glen conocía la obra al dedillo. Supongamos, señor Jagger, que yo quiero emplear la mentira para descubrir una gran verdad. Es decir, en busca de un criminal, y necesitando acorralarlo, me ayudan en la mentira. ¿Es reprobable para la agencia Jagger?

—No.

—Es lo único que quería saber. Puede que necesite tu ayuda mintiendo, Diana.

—Cuando usted quiera… y según la mentira, Sid.

—A propósito, cuando me visitó el teniente Stevens, volvió a hablarme de Barnett.

—¡Yo tuve que decírselo! La discusión que Barnett y usted sostuvieron aquella misma noche…

—Muy bien hecho, Diana. No desconozco que llegado el caso, pareceré yo el asesino de Barnett.

—¡No se suicidó! ¡Lo mataron!… Pero…

Diana Dean miró dilatados los ojos al que saludando en alto el sombrero, dió media vuelta, alejándose.

—Es un enigma viviente este hombre, Jay.

—Puede parecerlo, pero no iba a acusarse a sí mismo… No ha hablado por hablar. Lleva algo entre ceja y ceja.

CAPÍTULO XIII

La sala vacía y a obscuras, parecía enorme. En el escenario, reunida la compañía, el círculo de sillas daba apariencia de clase, donde la llegada del severo maestro, imponía un silencio repentino.

Sidney Golding empezó a pasear por el centro y en su diestra el bastón describió unos molinetes.

—Estáis reunidos, porque os voy a anticipar las primicias de mi nueva obra. Genial, única, inimitable… Puedes reírte, Nina. Te concedo muchas libertades.

Nina Gioia se removió apesadumbrada. Prosiguió Golding:

—Mi nueva obra podría intitularse también «Rapsodia de Crímenes», pero sería poco original. El papel principal es para ti, Glen.

—Gracias, Sid.

—Y lo harás con gran desparpajo. Hace poco me he enterado que antes de ser actor profesional, en sustitución de Forrest Barnett, fuiste detective.

El elenco en pleno miró a Glen Anderson.

—No exactamente. Estaba agregado libremente a una agencia.

—La Jagger, que me ha remitido un informe de tu actuación. Te echaron de menos. Según ellos, eras inteligentísimo.

—Los Jagger son muy amables.

—He querido que mi nueva obra tuviera honda humanidad, recia sinceridad, aunque trate un tema netamente policíaco. Tu especialidad, Glen.

—Fui detective poco tiempo, y por azar.

—El arte lo agradece. Sé que mereceré acerbas críticas al componer mi nueva obra, sirviéndome de un hecho acaecido entre nosotros. Pensé intitularla «Dos fantasmas acusan».

—Excesivamente melodramático, Sid —dijo Silvia Willard.

—Eso es. Antes de dar el título, resumiré el argumento, para ver si es de tu agrado, Glen, ya que ocupas constantemente la escena.

—Demasiado papel, Sid. ¿Acaso Silvia no es la primera actriz?

—Tu generosidad es «*rara avis*». Va a sufrir tu modestia, pero ya he escrito mis tres actos. Empieza la acción, cuando un joven detective, ambicioso, deseando ser actor, se enamora de una famosa actriz. Tú eres la famosa actriz, Silvia.

—Buen principio —sonrió ella—. ¿Verdad, Glen?

—Basado en la realidad, ¿no, Glen?

—No personalices, Sid. Expones tu obra.

—Cierto. El joven ambicioso, se entera que la actriz se casará con el primer actor. Además, piensa que él triunfaría en el papel del joven compositor…

—Un actor que piensa no llega al público, Sid —rebatió Anderson.

—Emplearemos la voz en «*off*». La mía, que es sonora, grave y bien matizada. El personaje, o sea tú, Glen, imagina matar al primer actor, pero le falla el primer intento. Y en evitación de ser después asociado con el fallido intento, imagina cubrir las apariencias con otro atentado, contra dos partiquinas, segundas actrices. Se le ve deslizarse por el corredor de camerinos y colocar en equilibrio sobre la nevera, una caja de refrescos…

—¡Ey, ey! —interrumpió Troy Dowell—. ¡Fué una caja de refrescos la que por poco más rompe la cabeza de Muriel y Diana!

Rió Golding…

—No personalices, empecatado borrachín. Si en mi obra hay cualquier parecido con algún ente vivo o muerto, será mera coincidencia. Prosigo. Cunde por la compañía la suposición de que hay un maniático que es culpable del despido de un tramoyista y del susto de dos damitas. Y tu personaje, Glen… elabora un suicidio perfecto del primer actor.

—Escucha, Sid… Tu obra será de escándalo, pero no me gusta. Debes dejar en paz a Forrest Barnett. Estás aprovechando los puntos obscuros de cuanto sucedió aquí. No cuentes conmigo. Vales lo suficiente, para no tener que recurrir a estos trucos.

—Disiento, disiento… Somos todos nosotros los propios interesados, y los que pudimos vernos perjudicados. Tenemos pues

derecho a interpretar una nueva «Rapsodia».

—Pero no sobre hechos acaecidos.

—¡Por favor, Glen! ¿Qué es lo que acaeció? Os noto a todos un poco nerviosos, inquietos, con tensión anímica… Me agrada esta sensibilidad propia de toda lectura. Yo estoy muy dispuesto a no ensayarla obra, si por votación final, os repugna. Hasta ahora sólo tú te opones, Glen.

—¡Sigue, sigue! Te parecerá muy normal emplearme como intérprete de un asesino…

—Hasta hoy, ¿no matas en escena? Te encubre Silvia, pero no es más que ficción, farsa… Sigue pues la farsa. Estábamos cuando planeas un suicidio, tan hábil, que hasta la policía determina que no hay crimen. ¿En qué se basa el suicidio incontestable del primer actor?

—¡Una carta!

Miraron todos hacia el obscuro patio de butacas. Preguntó Silvia Willard:

—¿Quién ha gritado, Sid? Me pareció la voz de Diana Dean.

—Es Diana Dean. Ha tenido la bondad de asistir a esta lectura de mí, obra. No la veis, pero la oís. Gracias, Diana. Tu voz me ha producido un efecto estremecedor, y eso que estaba preparado. Decía pues, que una carta escrita en dos carillas por Forrest Barnett…

—¿Qué tiene que ver Barnett ahora?

—Sin querer mezclo la ficción con los sucesos, ya que me baso en ellos, Glen. Perdona. Te gusta mucho la música, Glen. Me habías leído todas las obras, y no sé con qué finalidad, tal vez con la de leerme obras inéditas, penetraste en mi piso… Yo no noté a faltar nada, porque son muchas las carpetas donde voy coleccionando papeles con notas, borradores, ideas, apuntes… ¿Te agradó la melodía inacabada «Palomas sin arrullo»? Las notas eran palomitas. Un capricho mío… ¿Cómo estaba en una carpeta de tu piano?

Glen Anderson acababa de levantarse. Tiró atrás la silla.

—Cuidado, Golding. Estás tratando de impedir que yo me case con Silvia, echando embusteras sospechas. ¡Te he visto el juego! No sigas, o… te arrepentirás. ¡No resumes una obra, sino un cúmulo de infamias, para que los demás empiecen a sospechar de mí!

—Entre las cosas que te llevaste, encontraste lo que te iba a

permitir matar limpiamente a Forrest, y en un momento oportuno, en que si la policía tenía que detener a uno, sería yo… ¿Qué te dijo Muriel, Diana?

A una todos miraron hacia la obscura sala. Diana Dean «mintió»:

—Glen estaba enamorado de Silvia, pero Muriel me dijo que se casaría con ella, porque conocía su secreto. Un secreto que podía llevar a la cámara de gas a Glen…

—¡Ey, ey! ¡Se escapa! —gritó Troy Dowell.

—Enemigo que huye, puente de platino —recitó suavemente Sidney Golding.

Nadie le oyó, porque todos hablaban a la vez. Sidney Golding repicó con el puño de su bastón sobre el atril…

—¡A las sillas! ¡Sentaos! ¡A las sillas!

Su autoridad falló por vez primera. En escena sólo quedó Silvia Willard, que estática, murmuró:

—No es posible, Sid. Pero… ha huido, y su rostro era tan distinto… tan horrible…

—Mejor será que te acompañe a tu camerino, o a tu hotel, Silvia. Lo siento por ti, pero tuve que ser lo que soy. Teatral, sin remedio. Era el único modo con la colaboración de Diana…

—Ha huido… Tratará de matarte, Sid.

—Me olvidé comunicarte qué pedí también la colaboración del teniente Jess Stevens, que colocó en previsión de la fuga a que impulsé a Glen, dos sólidos… ¡Silvia!

CAPÍTULO XIV

—Nina Gioia enviada por mí a conquistar a Glen, fracasa, pese a tener más atractivo sensual que Muriel. Empiezo a extrañarme, pero cuando veo a Gioia que de su bolso, al extraer un pañuelo, deja asomar una Hoja de bloc musical y reconozco mis propios dibujos, algo que escribí años antes en Nueva York… ya no me cabe duda. ¡La carta que demostraba el suicidio de Forrest Barnett, quedaba desvirtuada!

Jesse Stevens interrumpió a Sidney Golding.

—¿No pensó antes que le habían robado papeles?

—Mi buen amigo…, En mi equipaje, figuran dos baúles, llenos de carpetas. A veces las repasó, y me asombro yo mismo de descubrir papeles con notas de las que no tenía la menor idea. Cuando conocí a Barnett, como no tenía aún dinero suficiente para tener secretaria, y me horripilaban las máquinas de escribir, aproveché su convalecencia para dictarle, porque tenía buena letra. La primera carilla de la carta encontrada, era el borrador de un testamento que quiso le dictase. La segunda carilla, sin firma, una parrafada de un personaje que se suicidaba. Yo no puedo recordar todo lo que he imaginado. Pero ¡recordé en el acto, apenas me dijo Nina que aquel dibujo musical estaba en poder de Glen!

—¿Por qué guardó Anderson algo tan comprometedor?

—Le gusta la buena música, y aquellos apuntes eran un «*leitmotiv*» que podía en su día aprovechar. Registró mis baúles, porque buscaba sin duda alguna, cosas con que asombrarme. Para demostrar que conocía todo mi arte. O tal vez, simplemente, para en su día, dar como suya una obra mía.

—¿El digital en el tubo?

—En el entreacto, visitó a Barnett. ¿No lo ha dicho? Lo dirá.

Como un admirador ingenuo. Barnett, el pobre era casi tan vanidoso como yo. Conocía Glen nuestras costumbres. Sabía que Barnett aprovechaba el momento del segundo acto para tomar su calmante y asegurarse así luego un sueño reparador. Sabía que padecía del corazón y a pequeñas dosis el digital le mitigaba la dolencia. Le bastó sustituir el tubo.

—¿Cómo se enteró Muriel?

—Pudo atar cabos. Cualquier imprudencia… Lo cierto, es que poseyendo el secreto de Anderson, ella creyó llegar muy alto, y vengarse de Silvia.

—¿No temió que un asesino…?

—Para una actriz, casi es sublime el crimen del que para ser actor mata. Pero Glen mató para satisfacer su ambición, y quitar de en medio al futuro marido de Silvia.

—Demostró buenos nervios saltando del coche, al despeñar a Muriel.

—Demostró sus grandes dotes de actor, fingiéndose enamorado de Muriel. ¿Es suficiente mi aportación?

—Es genial, insuperable, única, señor Golding. Supo usted crear el «clímax» propicio, y Glen Anderson cogido por mis dos hombres, se ha derrumbado. Declara muy dócilmente, contestando todas las preguntas. Mañana leerá usted en la Prensa su detallada confesión. Un gran éxito para usted, señor Golding… pero se ha quedado sin primer actor.

—¡Fabricaré otro! El público me espera, y esperará si es preciso meses… El proceso de Glen Anderson reavivará el recuerdo. Y confiéselo ahora…

—Lo confieso. El ex detective Anderson supo planear tan a la perfección su doble crimen, que era usted el que parecía más sospechoso. Hasta si se descubría que la carta tenía en su composición de dos cuartillas, un arranqué antiguo.

—Empleaba lápiz tinta, indeleble. Y un neurótico al borde del suicidio, no se detiene en elegir papel adecuado.

—Ha sido una impresión desagradable para la señorita Willard.

—Peor hubiera sido si la recibe como segunda señora Anderson. Buenas noches, teniente.

CAPÍTULO XV

Días después, en el hotel montañero, donde Silvia Willard trataba de olvidar, apareció Sidney Golding.

Saludó versallescamente, antes de tenderse en la mecedora próxima.

—Te he echado muy de menos, Sid.

—Hemos de preparar mi nueva obra. Sin actor. Tres mujeres, como actrices principales. Tú, Nina y Diana. Diana se va a casar con Jay Jagger, y éste la prefiere de actriz. Nina tan pronto reúna sus veinte mil, se casará con un bellaco.

—¿Cómo has intitulado tu nueva obra?

—«Méndigo de amor».

—Un título algo cursi, ¿no?

—Cierta vez, dormía yo la siesta cerca de un río, entre la alta hierba. Me despertó un mosconeo. Dos novios arrullándose… ¡Hija mía! Yo pensaba tomar apuntes del natural y más o menos la conversación que oí fué ésta: «¿Me querrás siempre, John?». «Toda mi vida, Mary». «¿A cuántas les has dicho lo mismo?». «¡Que me muera, si miento! Apareciste, y fué como la luz del sol que ¿sabes?, cuando aparece…».

Rió ella.

Gravemente dijo Golding:

—También rechiné los dientes entonces, porque no sé sonreír. Hoy, aquello se me antoja pura poesía, eterna, real, cuando un hombre balbucea… Porque, Silvia… yo soy un desgraciado, que como el payaso… No soy cínico. Es «pose». ¿Tú te das cuenta? Yo por ti, mataría, haría yo qué sé… Habrá otros menos feos que yo, más elocuentes… ¡ninguno te querrá con tanto anhelo!… Yo mendigo, mendigaré… y así he de morir… Mientras no te cases,

mientras nadie pueda mancillar tu pureza…

* * *

La Prensa al anunciar la boda del autor-director Sidney Golding con la primera actriz Silvia Willard, empleó la serie de elogios rutinarios.

Hizo con mayor vehemencia, el relato de la ejecución de Glen Anderson.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



Cuando Miller conoció a Rita Drake, la bailarina mejicana, pensó: «¡Dinamita Pura!»...

...y Miller no se equibocaba. Rita Drake era como la dinamita... y como el plomo caliente.

BRUNO SHALTER

autor famoso por sus guiones cinematográficos, y que colabora por primera vez en COLECCIÓN DETECTIVE, ha dibujado en su novela

Asesinato en la frontera

el impresionante cuadro de una de las encrucijadas más peligrosas del mundo: la frontera de México y Estados Unidos, punto de reunión de unos nuevos potentados cuyo negocio son las drogas y cuyos representantes son pistoleros de la peor ley...

Asesinato en la frontera

próximo número de **COLECCIÓN DETECTIVE**
...es la historia de una mujer prohibida para los hombres honrados... y la de un hombre prohibido para las mujeres pacíficas.

¡No pierda usted la ocasión de leer esta novela insuperable!